



PAN Y PAZ. MUJERES Y KOMINTERN EN EL MADRID DEL «NO PASARÁN»

MILAGROSA ROMERO SAMPER
Facultad de Humanidades y CC. de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo. Madrid¹

... Poco después, esquina a las calles de Serrano y Columela, un grupo de mujeres, cien aproximadamente, se reunieron y lanzaron algunos gritos de «QUEREMOS PAZ Y QUEREMOS COMER». Camaradas compañeras del Partido intervinieron y poco después la policía, procediéndose a hacer un gran número de detenciones.

Estas palabras de un anónimo informador podrían situar a un lector medio, saturado de libros, películas y series de televisión sobre la posguerra y la memoria histórica, en el tétrico escenario de la España de los años 40. Dentro de esta lectura, la palabra «paz» expresaría una protesta contra la despiadada represión del nuevo régimen contra los vencidos, y la alusión a las «camaradas compañeras del Partido», a las diligentes representantes de la Sección Femenina de FET de las JONS, que con uniforme y a ser posible correa (para potenciar el efecto cinematográfico) se vendrían así a sumar al número de los sañudos y vengativos represores militares, clericales y en suma y por resumirlo en una sola palabra, fascistas.

Todo ello estaría muy bien, y constituiría un excelente argumento para una novela o película más, si no fuera porque la citada manifestación tiene lugar el día de Navidad de 1938, fechas en que como es sabido (o debería serlo), Madrid seguía en poder del gobierno republicano, y porque las palabras citadas pertenecen a un informe reservado... del Komintern. Así que la palabra «paz» se refiere textualmente al fin de la guerra, y las «camaradas del Partido» son las militantes comunistas. Naturalmente las manifestantes pasan de ser republicanas pertenecientes al bando derrotado a ser calificadas, al final del informe, de «facciosas»...

Se ha argumentado que el hambre, junto con la represión y la creación de un imaginario colectivo, son factores determinantes en la construcción del Estado fran-

¹ Esta publicación se inserta dentro del proyecto ENOBREP (El Encuadramiento Obrero en la España de posguerra), VI Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica 2008-2011, Subprograma Historia, Ministerio de Ciencia e Innovación, HRA2010-17955.

quista, que los usa para someter al vencido. Ahora bien, no se puede explicar el hambre de la posguerra sin el hambre de la guerra, y sin las actitudes frente al hambre de quienes la tuvieron que padecer y sortear en el día a día: el pueblo y, de forma más específica, las mujeres, en su papel real de proveedoras, más allá de las mitificaciones de la propaganda republicana durante la guerra, o de su percepción victimista en la historiografía sobre la posguerra. Por el mismo motivo, para entender el supuesto uso del hambre por el franquismo y sus apoyos sociales, hay que ver cómo se enfrentan al problema cada una de las partes beligerantes. Y como el problema, como es bien sabido, afectó en mayor medida a la zona republicana, leal o roja que a la sublevada, rebelde, franquista o nacional, habrá que ver cómo gestionaron el hambre y, sobre todo, el descontento de la población las autoridades republicanas, especialmente en una ciudad que la propaganda había convertido en símbolo de la resistencia numantina, unánime e inquebrantable contra el enemigo. Como además el «No pasarán» y el «Madrid será la tumba del fascismo» tuvieron su origen más allá de nuestras fronteras, resulta interesante conocer la actitud no ya del Partido Comunista, sino del Komintern, ante la situación de carestía y la consiguiente reacción popular. Porque, lejos de limitarse pasiva (o numantinamente) a pasar hambre, o dedicarse activamente a cazar gatos y perros para paliarla, como transmiten desde hace ya varias generaciones los testimonios orales, las fuentes primarias revelan que la resignación tuvo sus límites, y que la famosa «Quinta Columna» no era la única grieta en las murallas de aquella Numancia mitificada por la propaganda.

El estudio tiene como punto de partida los hechos poco conocidos que abren estas líneas y cuya única referencia debemos a los informes conservados en el archivo del Komintern, inéditos e inexplorados hasta la fecha para estas cuestiones: las manifestaciones de mujeres pidiendo pan y paz en diversos puntos de Madrid el día 25 de diciembre de 1938. A esta fuente, que ofrece además otros datos sobre el problema del abastecimiento, hay que sumar la documentación recogida en la llamada Causa General, hoy englobada bajo el epígrafe de Centro Documental de la Memoria Histórica del Archivo Histórico Nacional de Madrid. Se trata, concretamente, de los sumarios de los procesos incoados por los Tribunales Populares y Juzgados de Urgencia de Madrid por delitos en materia de abastecimiento, desafección al régimen republicano y derrotismo, que junto con los iniciados por otras causas (rebelión militar, traición, espionaje, etc.) alcanzan el número de 14.862 durante todo el periodo bélico. En esa ingente masa documental se han espigado procesos abiertos contra mujeres por los motivos mencionados, en la esperanza de localizar a las intrépidas manifestantes de la Navidad de 1938, con el previsible resultado de la multiplicación hasta el infinito de casos. De forma auxiliar, se usa también la prensa de la época. Tanto las noticias publicadas como las censuradas ofrecen datos que confirman, matizan o ayudan a comprender los hechos a que se hace referencia en

la documentación de archivo. Por último y como siempre, los testimonios autobiográficos y orales (a los que se acude de forma tangencial dada su abundancia) añaden nuevos perfiles al retrato del hambre en Madrid.

1. El hambre como categoría de interpretación de la posguerra y el franquismo

Entre la copiosa producción bibliográfica sobre el franquismo y la posguerra, parece haberse abierto camino en la última década la idea de que la pacificación tras la guerra civil y la consolidación del nuevo Estado franquista se basó en primer lugar en la imposición del mito de la victoria, en segundo lugar en la represión, y en tercer lugar en el apoyo de los grupos socio-económicos que se beneficiaron del régimen, mientras que los vencidos eran aplastados bajo una losa de miseria y de silencio². Según la versión más radical de esta interpretación, el hambre habría sido un arma utilizada por el régimen para garantizar la sumisión (cuando no la extinción biológica) de los vencidos³, como si el hambre no hubiera afectado a la gran masa de la población, independientemente de sus simpatías políticas. Claro que este enfoque concuerda con la interpretación de la guerra y el franquismo que, negando al conflicto la categoría de «civil», supone que un «golpe militar fascista» se habría impuesto a la totalidad de la nación.

Esta visión tiene su importancia, porque el hambre también se contempla como una forma de deshumanizar al «enemigo» (por supuesto el republicano vencido) en la retaguardia nacional⁴, donde por otra parte «la Cruzada» sería no una lucha fratricida, sino una magna empresa de salvación nacional frente a la «anti-España». Por ello los nacionales (siempre según esta interpretación) no se andarían con muchos remilgos a la hora de aplicar medidas represivas contra quienes ni siquiera merecerían el calificativo de españoles. Ahora bien: ningún mito, ni siquiera el de la «anti-España», nace de la nada. Sería preciso indagar qué papel pudo jugar en su formación la experiencia *real* durante el Frente Popular y en la retaguardia republicana. En el caso de los autores que nos ocupan, aunque admiten que «la revolución desatada en verano de 1936» contribuyó a construir el mito, «se distorsiona» lo sucedido en la retaguardia republicana⁵. En estas páginas intentaremos establecer si el hambre también sufrió

² Con estas premisas inicia el artículo de Francisco Cobo Romero, Miguel Ángel del Arco Blanco y Teresa Ortega López: «The Stability and Consolidation of the Francoist Regime. The Case of Eastern Andalusia, 1936–1950», *Contemporary European History*, 20, 1, 2011, pp. 37–59.

³ Michael Richards: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.

⁴ Cobo Romero et al., cit., p. 40.

⁵ *Ibid.*, p. 42. La misma distorsión sufriría el anticlericalismo, al que interpretan como un «deseo de extirpar el viejo e injusto orden jerárquico apoyado tradicionalmente por la Iglesia Católica y sus representantes».

algún tipo de «distorsión», pero, volviendo al mito, quizá convenga recordar que la portada del *ABC* republicano del 7 de noviembre de 1936 estaba protagonizada por una aguerrida Agustina de Aragón, y que el calificativo de «anti-España» se usaba igualmente en la zona republicana para descalificar al enemigo, a quien sistemáticamente se presenta como extranjero⁶.

El odio a lo extranjero está también en la base, para los estudios de la última hornada, de la política autárquica. Es más, la autarquía, en cuanto desencadenante del hambre, se interpreta como una auténtica «purga» que serviría para depurar al debilitado organismo nacional de perniciosos influjos foráneos, especialmente patentes en las ciudades, donde anidaba el espíritu republicano, marxista, ateo y liberal, en contraste con el campo, reserva de los eternos valores hispanos⁷. El que Franco buscara apoyo en las clases de pequeños y medianos propietarios rurales no parece, para algunos autores, contradictorio con las «irregularidades» cometidas por quienes tenían la producción agrícola en sus manos. El régimen cerraría los ojos con tal de obtener apoyos sociales. Pero, curiosamente, también se ha llegado a interpretar el estraperlo, los pequeños hurtos y otras formas de supervivencia como «prácticas de resistencia» o, lo que es lo mismo, formas de lucha contra el franquismo⁸. Si ello es así, cabría plantear la posibilidad de que prácticas análogas fueran consideradas de forma similar (es decir, como forma de resistencia u oposición) por las autoridades de la retaguardia republicana. De igual manera habría que considerar el papel desempeñado por las mujeres en este tipo de comercio más o menos irregular, más allá de simplificaciones victimistas que las presentan como mero objeto de explotación, incluso sexual⁹.

El binomio hambre-represión (o mejor aún el trinomio hambre-represión-resistencia) parece pues bastante consolidado en la historiografía reciente, seguramente al rescoldo de la «memoria histórica». Pero no se puede hacer abstracción de

⁶ Las viñetas de humor gráfico de la prensa republicana suelen representar al enemigo personificado por los extranjeros Hitler y Mussolini (quienes, por cierto, en el número citado sostienen a un desvanecido púgil negro (¿?) frente a un victorioso miliciano madrileño).

⁷ Cobo Romero et al., cit., p. 46. Por supuesto esta interpretación del autarquismo olvida el complejo origen doctrinal del mismo, que se puede rastrear en el proteccionismo del XIX, el Regeneracionismo e incluso el grupo socialista de Oviedo, sin necesidad de buscar necesariamente sus raíces en los fascismos. Una espléndida síntesis de estas ideas en Juan Velarde Fuertes, «La Economía de guerra. II: El talante económico de Franco», en José Andrés-Gallego, Luis de Llera, Juan Velarde, Nazario González: La guerra civil (1936-1939), en la Historia de España, vol. 13.1, Madrid, Gredos, 1989, pp. 418-436.

⁸ Tal es el caso de la obra de Óscar J. Rodríguez Barreira: *Migas con miedo: Prácticas de resistencia al primer franquismo*. Almería, 1939-1953, Almería, Universidad de Almería, 2008. Para un completo repaso bibliográfico de estos temas, véase Michael Seidman, «The Longest Dictatorship», *Contemporary European History*, 20, 1, 2011, pp. 99-107.

⁹ La crítica no es mía sino de Seidman, y se refiere en concreto a la obra de Antonio Cazorla: *Fear and Progress: Ordinary Lives in Franco's Spain*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2010.

que todo eso venía y era el resultado de una *guerra*, en la que sería un verdadero ejercicio de mala fe histórica suponer que las condiciones de vida fueron mucho mejores. El deseo generalizado de paz al terminar la contienda es admitido más o menos a regañadientes por algunos (no muchos) de estos autores, concretamente por el propio Antonio Cazorla¹⁰ y por el tándem formado por Carme Molinero y Pere Ysàs. Estos últimos, pioneros en los estudios sobre las condiciones de vida en la posguerra¹¹, consideran que, lejos de ser usada intencionalmente como «arma represiva», el hambre hizo peligrar la cohesión social y política anhelada por el régimen. En otras palabras: las fuentes documentales revelan que las autoridades franquistas estaban sinceramente preocupadas ante un problema que venía a poner en entredicho el lema «ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan» y que podía ser fuente de grave descontento social. Es más, la carestía podía atizar aún más la «hostilidad manifiesta» con que se topaban los intentos de «encuadrar» a la clase obrera¹². Ahora bien, este de la enajenación de las simpatías de la población frente a lo que dictaba la propia propaganda es uno de los puntos que se prestan a las analogías con lo sucedido en el bando contrario. Los otros puntos, señalados por Ysàs y Molinero serían la intencionalidad de la carestía con fines represivos, el análisis de las causas de la misma y la reacción ante las protestas. Conviene destacar, porque no es frecuente, que ambos autores van contra corriente de la tendencia interpretativa que nos ocupa cuando afirman que las autoridades franquistas no buscaron intencionalmente la degradación de las condiciones de vida, y que, muy al contrario, como se ha señalado, lo consideraron uno de los problemas principales y más urgentes para el nuevo Estado, desde el punto de vista político pero también (añadimos por nuestra cuenta a la vista de los testimonios que reproducen) desde el punto de vista humano¹³. Está claro que si la carestía no fue intencional, hubo un análisis de las causas de la misma. Las autoridades locales señalaban no sólo ni principalmente la política autárquica, sino sobre todo la corrupción y el estraperlo, que en opinión de alguno de los informantes eran propiciados por el mismo sistema que se adoptaba para hacer frente a la crisis: el racionamiento y las tasas de los precios. En cualquier caso, las responsabilidades quedaban siempre del lado de la autoridad, y la dosis de autocrítica es muy elevada. Por último, ¿cómo se reacciona a las protestas, que se consideran justas? ¿con la represión? Un informe del Servicio Especial de Información dice que en Valladolid,

¹⁰ «Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y Política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 8, 2002, pp. 303-320.

¹¹ Valga como ejemplo su libro *Patria, justicia y pan: nivel de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1959*, Edicions de La Magrana, 1985, que inaugura una larga serie de estudios de temática similar.

¹² Carme Molinero, Pere Ysàs: «Productores disciplinados: control y represión laboral durante el franquismo (1939-1958)», *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 3, 1993, pp. 32-49. Seguimos a estos autores por continuar con la misma línea interpretativa que asocia represión y hambre.

¹³ Volvemos a citar en esto y en lo que sigue «El malestar popular...»

«según los informes diarios que se recogen en los mercados, existe una gran agitación entre el público, que se limita en la actualidad a protestar de palabra, oyéndose frases y epítetos muy poco favorables a las Autoridades, cosa que no se puede reprimir haciendo detenciones, porque habría que hacerlas en gran cantidad, siendo éste un problema que urge remediar.»¹⁴

En otras palabras, las autoridades franquistas admitían que no podían meter a todo el mundo en la cárcel. Si no se lleva a cabo una represión de la protesta por hambre, significa que en algún momento llegó a plantearse o que encajaba de algún modo con la mentalidad de la época, seguramente basándose en antecedentes inmediatos, ¿y cuáles eran esos antecedentes? los de la guerra. Volvamos al Madrid de 1936-1939.

2. Las causas del hambre según el Komintern

Uno de los estribillos más repetidos sobre la guerra civil es que el bando franquista venció por contar con superioridad de recursos y por controlar las principales zonas de producción agraria. Al contrario, el hambre se habría ensañado en la zona republicana, que no disponía de medios para sostener la guerra y mucho menos la población. Es evidente, con un mapa histórico a la vista, que esto es sólo cierto a partir de cierto momento, tras la caída de Aragón y Levante. Al contrario, en un primer momento menudeaban los alardes victoriosos a lo Indalecio Prieto, quien desbordaba optimismo ante el control de las reservas nacionales (especialmente el oro) por el gobierno¹⁵.

Todavía el 1 de julio de 1937, alguien tan identificado ya a esas alturas con el bando nacional que necesitaba ofrecer una explicación a la opinión pública internacional, rechazaba la interpretación socioeconómica de la guerra en términos de lucha de clases, y observaba:

«La lucha de clases es más virulenta en otros países que en España. Precisamente en ella se han librado de la guerra horrible gran parte de las regiones más pobres, y se ha ensañado más donde ha sido mayor el coeficiente de la riqueza y del bienestar del pueblo. Ni pueden echarse en olvido nuestra avanzada legislación social y nuestras prósperas instituciones de beneficencia y asistencia pública y privada, de abolengo español y cristianísimo. El pueblo fue engañado con promesas irrealizables, incompatibles no sólo con la vida económica del país, sino con cualquier clase de vida económica organizada.

¹⁴ Citado en *ibid.*, p. 275.

¹⁵ El mejor ejemplo es su artículo «Dinero, dinero y dinero», *Informaciones*, 6 de agosto de 1936.

Aquí está la bienandanza de las regiones indemnes, y la miseria, que se adueñó ya de las que han caído bajo el dominio comunista.»¹⁶

Es decir, que según el cardenal Gomá y el episcopado español, signatarios de la famosa Carta Colectiva a la que pertenecen estas palabras, la riqueza y el mayor nivel de vida estarían *precisamente* en la zona republicana. Parece implícito que, en la visión de la Iglesia, ese mayor grado de desarrollo se atribuye a las ciudades y zonas industriales, bastión del movimiento revolucionario, frente a un medio rural más deprimido. La causa inequívoca de que la situación se haya invertido, y que lo que antes eran zonas más pobres gocen de «bienandanza» mientras que las más desarrolladas hayan caído en la «miseria», parece inequívoca: el dominio comunista. ¿Tenían razón los obispos?

A estas alturas, parece claro para los historiadores que la gestión de los recursos en la zona republicana dejó bastante que desear, y que al contrario, en la zona nacional una administración más eficiente supo sacar partido de unos suministros que, con los éxitos bélicos, no hicieron sino aumentar. La adquisición de los centros industriales y mineros de la cornisa cantábrica supuso un punto de inflexión en este sentido, precisamente entre marzo y octubre de 1937, fechas entre las que se sitúa como una bisagra la publicación de la Carta Colectiva del Episcopado. Por lo que se refiere a la economía de guerra en la zona republicana hasta ese momento, en palabras de Juan Velarde, los distintos partidos que constituían el Frente Popular (socialistas, comunistas, anarcosindicalistas, trotskistas y demás) se subieron al *carro del heno* del utopismo, defendiendo cada cual su particular modelo económico¹⁷... o no tanto. Si a partir de 1937 a un George Orwell o a cualquier militante anarquista o trotskista le parecía que los comunistas eran de «derechas», ello se debía a que el pragmatismo o las necesidades de la guerra hacían percibir al partido comunista la necesidad de frenar el proceso de colectivizaciones e incautaciones y posponer la ansiada revolución¹⁸. Ahora bien, visto que a partir del gobierno Negrín se puede decir que los comunistas controlan abiertamente la situación política (por no decir la organización militar) ¿por qué no impusieron un modelo de gestión más eficaz? Claro que esta pregunta conlleva otra: ¿qué entendían los comunistas por «eficacia»?

¹⁶ Carta Colectiva del Episcopado español. Edición utilizada: Documentos históricos 1. La Iglesia y la guerra española, Madrid, Servicio Informativo Español, 1964. p. 46. Como dato interesante, en la contraportada de la edición, preparada por Luis Aguirre Prado, figura el lema «25 años de paz».

¹⁷ Juan Velarde Fuertes, «La Economía de guerra», cit., pp. 437-439.

¹⁸ Velarde cita al respecto la carta de Stalin a Negrín instándole a jugar la baza de los pequeños propietarios rurales. *Ibíd.*, «La desesperada política económica de burgueses y comunistas en la zona republicana», p. 440-442.

La disminución de la producción

El Komintern, punto de referencia, por no decir artífice y titiritero del Partido Comunista Español, dedicó cierta atención al tema, como revela un expediente rotulado «Problemas económicos. Sindicatos. Necesidades de importación», redactado íntegramente en español y compuesto por 16 documentos y 91 páginas (aunque en realidad suman 172)¹⁹. Pese al título, algunos de los documentos tratan de otros temas (como los extractos para la prensa, o el informe del Ministerio de Instrucción Pública o el de la Subsecretaría de Sanidad sobre la política sanitaria, fechados en Barcelona el 12 de febrero de 1938). Mecanografiados en papel de formato variado (incluso en hojas cuadrículadas), todos son anónimos, pocos están fechados con precisión y no contienen más que alguna anotación manuscrita al margen en francés (añadida sin duda por el funcionario del Komintern que recibió el informe). Los papeles pertenecen a la Secretaría de Ercoli, el *alias* que utiliza Palmiro Togliatti en España²⁰. Los informes que remite Ercoli o su secretaria se puede considerar por tanto que reflejan la visión del PCE, sobre todo si se tiene en cuenta que los ministerios cuyas competencias entran en discusión estaban por aquel entonces en sus manos (Agricultura en las de Vicente Uribe e Instrucción Pública y Sanidad en las de Jesús Hernández, para ser precisos)²¹.

Bajo el título «Abastecimientos», un informe fechado en Barcelona el 10 de febrero de 1938 daba cuenta de la disminución de la producción y rendimientos agrícolas, del estado del consumo y de los remedios propuestos para aumentar la producción. La producción había caído en picado desde la fecha de referencia, 1935, como se puede apreciar en el cuadro siguiente²²:

¹⁹ Archivo del Komintern, F. 495, inv. 12, file 160. En adelante: K, 495, 12, 160. En la cubierta del expediente figura un «nº 2º» que hace pensar que el anterior se refiere al mismo asunto, pero no parece que sea así.

²⁰ Togliatti usó en ocasiones otros alias, como Mastro Donato. En total se conservan en el archivo del Komintern un total de 323 expedientes que contienen su nombre. Su ficha personal como miembro del Komintern está en K., 495, 221, 3005.

²¹ Hacienda y Economía, en manos de Negrín desde el gobierno de Largo Caballero y al convertirse en presidente de gobierno el 17 de mayo de 1937, pasó el 5 de abril de 1938 a Francisco Méndez Aspe, de Izquierda Republicana pero en realidad hombre de Negrín e involucrado previamente en el affaire del oro de Moscú. En ese mismo cambio de gobierno, Uribe siguió en Agricultura, mientras que Hernández fue sustituido por el anarquista Segundo Blanco. La cartera de Trabajo correspondió a Anastasio de Gracia (PSOE) y a partir del 17 de mayo de 1937 a Jaume Aiguader (Esquerra Republicana), quien dimitiría en agosto de 1938.

²² K, 495, 12, 160, página 4.

PAN Y PAZ. MUJERES Y KOMINTERN EN EL MADRID DEL «NO PASARÁN»

PRODUCCION AGRICOLA EN LA ZONA LEAL ESPAÑOLA DURANTE LOS AÑOS 1.935-, 1936- y 1.937.

PRODUCTOS	1.935 Q.M.	1.936 Q.M.	1.937 Q.M.	NUMEROS INDICES de 1.937 PARA 100= DATOS 1935	NUMEROS INDICES De 1937 PARA 100= DATOS 1936
Trigo	15.818.497	11.949.570	9.643.280	60,96	80,70
Cebada	9.312.459	8.525.864	7.884.944	84,67	92,48
Centeno	704.033	560.995	489.903	69,59	87,33
Avena	1.981.062	1.901.774	1.483.654	74,89	78,01
Maíz	2.815.667	1.173.413	1.144.618	40,66	97,56
Arroz	2.915.987	2.540.073	2.057.002	70,54	80,98
Lentejas	39.156	38.669	46.516	118,80	120,29
Guisantes	101.073	97.850	106.472	105,34	108,81
Garbanzos	353.702	344.640	249.358	70,50	72,35
Judías	459.429	449.851	449.745	97,89	99,98
Habas	510.329	473.780	462.250	90,58	97,57
Algarrobas	291.814	281.591	304.200	59,70	61,86
Yerba	233.964	236.924	136.332	58,27	57,54
Aceite	2.686.958	2.229.209	2.520.880	93,81	113,07
Mosto	9.920.582	9.052.266	7.322.135	73,81	80,89
Patatas	11.215.835	13.528.632	11.421.302	101,92	84,42
Naranjas	8.241.769	8.501.494	6.568.234	79,69	77,26

Aunque la producción de algunos artículos se había mantenido o incluso aumentado (lentejas, guisantes, patatas y aceite), el conjunto no resultaba demasiado alentador. El anónimo informante repasa cada uno de los cultivos y las «causas de la disminución». En el caso del trigo y los cereales de invierno, la disminución de 1936 a 1937 se debía, en su opinión, a las condiciones climatológicas (un invierno suave y un calor excesivo en la época de la granazón). De nada habían servido, por tanto, los esfuerzos por aumentar la superficie dedicada al cultivo de cereales en las provincias de Alicante, Almería, Castellón, Murcia y Valencia, ya que los rendimientos habían sido muy inferiores a los esperados²³, claro que cabe también la posibilidad de que el aumento de la superficie cultivada fuera sobre el papel y no se correspondiera con la realidad.

En cuanto al maíz, simplemente había sido sustituido parcialmente por otros cultivos «de mayor importancia para la alimentación humana». En efecto, el maíz es

²³ Concretamente, en otoño de 1935 se habían sembrado en dichas provincias un total de 150.977 hectáreas, que habían producido en verano de 1936 1.527.175 quintales métricos de trigo. En la campaña 1936-1937, para 222.784 hectáreas sembradas, se obtuvieron 1.053.148 quintales métricos.

un componente poco habitual en la dieta española, pero si se tiene en cuenta que la producción de yeros (una leguminosa empleada sobre todo para la alimentación de los animales) también disminuyó, ello significa simplemente que el ganado se quedó sin comer, porque a nadie le importaba. Sólo en las previsiones para 1938 se señala que las abundantes lluvias favorecen el crecimiento de los pastos, perjudicados por otra parte por las heladas. El precio astronómico que alcanzaron la carne, la leche y los huevos se debe también a la imprevisión, como nos indica otra fuente:

«teniendo la huerta de Levante a nuestra disposición, las frutas y hortalizas escaseaban porque estúpidamente se destrozaban las plantaciones, se consumía todo sin dejar para las simientes, y con los ganados y aves de corral ocurría lo propio, pues sacrificaban gallinas ponedoras y vacas de vientre.»²⁴

El informe no se refiere a la producción ganadera, y sólo dedica un breve epígrafe a la «reducción del ganado», limitándose al mular, asnal y caballo, es decir, al ganado de labor (utilizado también, no se olvide, en los transportes militares). Esta reducción (de 10%, más del 20% y más de 13% respecto al periodo prebélico, respectivamente) se cuenta también entre las causas de la disminución de la producción agrícola.

La falta de simiente se señala, de nuevo, como causa de la menor producción de leguminosas, según el informe, ya que «no todas las zonas campesinas tuvieron la previsión suficiente para guardar las cantidades de grano necesarias para el cultivo», por lo que se hizo necesario echar mano de la importación, que tampoco funcionó, pues los garbanzos que se trajeron no eran aptos para la siembra²⁵. También hubo problemas, según el informe, con las patatas, al faltar la simiente procedente de zonas controladas por el enemigo y ser sustituidas por otras variedades menos adecuadas procedentes de otras regiones españolas o del extranjero. Aparte de la falta de simiente, otra causa recurrente para explicar la disminución de la producción es la falta de abonos y de insecticidas, que debían ser importados.

Pero el arroz, uno de los comodines de la alimentación de los madrileños junto con las lentejas o «píldoras del doctor Negrín», y protagonista de inolvidables platos como la «merluza evacuada», experimentó otro tipo de problemas, además de los mencionados anteriormente, «derivados de la guerra» y que sin duda causaban especial desazón por su naturaleza política:

²⁴ Regina García: *Yo he sido marxista*, Madrid, Editora Nacional, 1946, p. 189.

²⁵ K, 495, 12, 160, página 6. Para 1938 persistía el problema de la simiente con las leguminosas, aunque se esperaba haberlo solucionado en el caso del trigo con la importación de variedades de ciclo corto.

«también influyó en la disminución de la superficie sembrada que fue de 2.680 hectáreas el problema social, pues en la zona arrocerá se produjo con gran intensidad el fenómeno de la colectivización, acotándose como en Sollana y Cullera todo el marjal, desalojando del mismo a la mayoría de los antiguos parceleros cultivadores, y cuando llegó la hora de cherugar (alzar) y la de la plantá (plantación), operaciones que han de hacerse en un periodo de tiempo muy corto, las colectividades no dispusieron de brazos ni de medios para realizar los trabajos en la totalidad de las parcelas acotadas y quedaron bastantes sin ser cultivadas, o lo fueron deficientemente.»²⁶

Por último, y junto a las causas ya mencionadas, se achacaba la baja de la producción a la movilización militar, que había privado de mano de obra al campo.

El aumento del consumo

Hasta aquí, los problemas de la producción. ¿Cuáles eran los del consumo? A juzgar por el informe, los contrarios: «pese a los defectos de distribución y transporte» (otra causa de desabastecimiento sobre la que el informe corre un tupido velo), el consumo en 1936 y 1937 habría superado el de la época prebélica, «sobre todo en los productos obtenidos en el país, en más de un treinta por ciento, y solamente es menor en los de importación, tales como el café, tabaco y similares». Tan sorprendente afirmación merece una explicación, no menos sorprendente:

«Las causas de este aumento son las mayores disponibilidades que en general poseen los trabajadores, - Muchas familias que contaban con medios reducidos de subsistencia, han visto, por la retribución de guerra de algunos de sus miembros, mejorar notablemente su situación económica. Por tal motivo, mientras que las disponibilidades del mercado lo han consentido o lo consienten, una demanda mucho mayor que la de ante-guerra absorbe todas las existencias, y de ahí resulta más acentuado el desequilibrio que se advierte entre las disponibilidades y el consumo.»²⁷

Es decir, que según el Komintern la gente vivía mejor gracias a la guerra... No vamos a poner en duda lo que tantos testimonios orales y escritos ratifican: que muchas personas se alistaron sólo por el salario, aunque ello vaya en menoscabo del ardor guerrero y revolucionario de los «trabajadores». Que esa retribución de guerra suponía una mejora, tampoco cabe ponerlo en duda. Lo que sí es más dudoso es

²⁶ Ibid., pp. 6-7. El desbordamiento del Ebro en Amposta y Tortosa había producido sin embargo menos daños de los estimados inicialmente.

²⁷ Ibid., p. 8.

que tal ventaja se obtuviera en comparación con el periodo anterior de la guerra, y que el aumento de la renta familiar permitiera lujos desconocidos hasta entonces. En otras palabras, el aumento de los ingresos por este u otros medios no guardaba proporción con el aumento aún mayor de los precios²⁸. Pero la retórica cultivada por el Komintern permite afirmar una cosa y luego la contraria sin descomponerse, ya que el aumento del consumo

«agrava el problema planteado por la menor producción de nuestras zonas de cultivo en relación con la población que ha de sustentar y comparada con la del resto de España, ya que los grandes núcleos urbanos de Madrid, Barcelona y Valencia, y muchas zonas de producción hortícola, olivares o minera [sic], consumían cantidades de víveres importantes de la producción de la zona que está todavía en poder del enemigo.»

Si los afortunados beneficiarios de un estipendio militar que permitía aumentar el consumo y el nivel de vida no se hallaban en las grandes ciudades, ni en las regiones mineras o, más sorprendentemente todavía, en la zona de la huerta levantina, ¿dónde se encontraban? En el ejército.

Para el Komintern (o más bien para el resto de la población, que tenía que soportar las consecuencias), el ejército era un monstruo que lo devoraba todo, aunque ese «todo» fuera también cada vez más escaso. Para febrero de 1938, el informante comunista estimaba (exagerando un poco) que la población castrense de la «zona leal» era de un millón de hombres, aproximadamente un 10% del total de la población. Pues bien: a ese Ejército Popular de la República (una vez metidas en cintura las milicias), le correspondía, según las normas de Intendencia Militar, el triple de racionamiento que al elemento civil, y esos alimentos los proporcionaba directamente el Ministerio de Agricultura:

«Frente a las raciones de pan de los países [sic., por paisanos] de trescientos y doscientos gramos, y hasta de ciento cincuenta, como ocurre en Madrid, el Ejército dispone de 500 y 600 gramos por plaza. Por ello, el Ministerio cede a Intendencia Militar no el 10 por 100, sino el 30 por ciento de los cargamentos de trigo y harina que arriban a nuestros puertos.»²⁹

²⁸ Véase al respecto la «Relacio comparativa dels sous en la industria de la construccio des del 18 juliol fins a la data» (ibid., p. 1, sin fecha). La Generalitat había dispuesto un aumento del 15% para los salarios de albañiles, peones, canteros y peones de canteros, que pasan a ganar entre 18,72 y 13,80 pesetas, los arquitectos ven bajar sus ingresos de 15.000 a 8.000 pesetas anuales, y los comerciales de la construcción, de 600 a 500 pesetas mensuales. Por lo tanto, el aumento de salarios no fue universal, y debió resultar insuficiente cuando tantos se vieron obligados a alistarse.

²⁹ Ibid., p. 8.

Aun así, esas cantidades no debían resultar ya suficientes, puesto que se reconoce que

«En cuanto a los datos de consumo de los demás productos obtenidos en el país por el Ejército, no pueden darse cifras concretas porque su Intendencia resuelve el habituallamiento [sic] acotando y reservándose la producción en zonas de guerra y fuera de ellas; no sólo la que está almacenada sino, en muchas ocasiones, la que se halla sobre la tierra misma»,

es decir, que el Ejército era una auténtica plaga de la langosta que se abalanzaba incluso sobre los campos cultivados. Esto no merece, como se ha visto, ningún tipo de censura por parte del Komintern, cuyas prioridades parecían ser exclusivamente el mantenimiento del Ejército y de las industrias de guerra. Ahora bien, ¿cómo conseguir mejorar el abastecimiento de estos sectores?

3. Las medidas contra el hambre

La planificación estatal

Como no podía ser menos tratándose del Komintern, la primera medida de carácter general para aumentar la producción es la planificación al más puro estilo soviético, es decir, fijando porcentajes y objetivos a priori, eliminando cultivos que se estimaban superfluos y vendiendo aquellos otros, como los hortofrutícolas de Levante, que podían producir divisas para la importación. Para el Ministerio de Agricultura todo era sencillísimo:

«bastaría incrementar la producción de la zona leal en un veinte por ciento aproximadamente para el trigo; en un veinticinco por ciento para las patatas, y en un setenta por ciento para los granos de leguminosas. Teniendo en cuenta la gran producción de arroz en nuestra zona, se puede suplir, en parte, las deficiencias de granos de leguminosas y de patatas, y entonces actuando los cultivos de la zona Levantina, principalmente, llegar a producir en nuestro país todas las cantidades de granos de leguminosas necesarios, reduciendo el cultivo de la cebolla, suprimiendo algunos como el del cacahuet, que no se juzga indispensable, y fomentando ciertas alternativas que ya en este año se han empezado a aplicar y que si se dispusiera de semillas de ciertas variedades que hay que importar, y de los abonos necesarios, abonos sobre todo y en tiempo oportuno, se podría llegar al fin perseguido»,

que no parecía ser otro que el de reducir a la población a una dieta de arroz y al escorbuto, por lo menos. Ni las nanas de la cebolla hubiera podido escribir el

huertano y frentepopulista Miguel Hernández, según este plan. Mientras tanto, «Dolores» (como se conocía afectuosamente a Ibarri en la Unión Soviética, y como ella misma firma en los documentos), que no podía ignorar esta política, aconsejaba al pueblo madrileño que guardase las legumbres para el invierno y viviese entretanto de frutas y verduras³⁰. Por lo demás, se omite cuáles fuesen esos cultivos «alternativos». En cuanto al pan, visto el escaso éxito del aumento de las áreas de cultivo (así como, añadimos, la prioridad absoluta del suministro militar), la única solución era la importación de trigo.

¿Stajanovismo o colectivización?

Se ha comentado ya la suspicacia con que el partido comunista miraba, en general, la política de colectivizaciones llevada a cabo por los anarquistas. El pequeño comercio de Madrid no había escapado a esta tendencia, y el Komintern recibió una serie de informes en forma de ficha de numerosos establecimientos. Un caso emblemático del tira y afloja entre anarquistas por un lado y socialistas y comunistas por otro lo constituyen los populares Almacenes San Mateo, de la calle Fuencarral. El dueño del negocio desapareció (se dice que huyó al extranjero) al estallar la guerra, y los empleados estaban tramitando la incautación, motivo que provocaba el enfrentamiento entre los obreros de la CNT, partidarios de la incautación sin que la industria fuera intervenida por el Estado, y los de la UGT, favorables a la intervención. Según el informante, acabaría triunfando la UGT porque eran más y estaban mejor organizados. Hasta el momento, estimaban que la situación era mejor que antes de la guerra porque habían suprimido 14 puestos de jefes (que lógicamente cobraban más que el resto), se habían subido los sueldos, y encima los familiares podían comprar en condiciones especiales los artículos que se vendían en el establecimiento de pañería. Todos estaban, pues, entusiasmados con la idea de la colectivización³¹. Igual de contentos estaban los de Almacenes Quirós, a los que se consideraba un modelo de colectivización. ¿Cómo funcionaba ésta? Tras la desaparición del dueño, los obreros se incautaron de la industria³² y establecieron un consejo obrero de administración y una comisión revisora de cuentas que, al parecer, lo hacían tan bien que eran totalmente innecesarias las visitas periódicas del delegado interventor enviado por el Estado. Y para colmo de felicidades, no había casi

³⁰ El dato, perfectamente coherente con el informe del Komintern, lo ofrece Regina García, por entonces directora del diario La Voz, en el que aparecía reflejado con frecuencia el problema de la escasez. Op. cit., p. 275.

³¹ K, 495, 12, 160, p. 30. «Almacenes San Mateo. Calle de Fuencarral. Pañería nº 70».

³² Había, en teoría, que cumplir lo dispuesto por el decreto de 2 de agosto de 1936. De ahí que los empleados de otros negocios no hayan procedido a la incautación por considerarla ilegal, o que estuvieran realizando los trámites necesarios.

anarquistas y la armonía entre socialistas y comunistas (que *casualmente* coincidía con la política de unidad sindical del gobierno) era perfecta³³.

No estaban igual de contentos, sin embargo, los negocios que tenían que vérselas cara a cara con el racionamiento de combustibles y alimentos. Un humilde carbonero de la calle Tetuán podía salir adelante hasta que a finales de octubre de 1936 los sindicatos establecieron despachos que monopolizaron la venta del carbón y le dejaron fuera del negocio, sin tener la precaución de contratarle siquiera como empleado, como se reconoce que hacía la CNT en ocasiones³⁴. Las tiendas de ultramarinos tenían parecidos problemas, agravados por el racionamiento y por una serie de medidas poco conocidas y que revelan el grado de intervencionismo que se produjo. Virgilio Martín, que llevaba 36 años al frente de su tienda en la calle Tetuán, vio peligrar el negocio cuando pasados los primeros tiempos del «movimiento», «por orden del Gobernador quedaron cerradas todas las tiendas menos 30 por cada distrito». Así que le tocó cerrar, y sólo podía vender aquellos artículos de que no disponía Abastos, como velas, escobas y asperones (una especie de jabón abrasivo que también llegó a escasear). Aunque ganaba poquísimo y naturalmente sus dos dependientes habían tenido que buscar empleo en otro lado, tenía que seguir pagando el alquiler y todos los impuestos estatales y municipales. Y si no cerraba era porque «cuando lo quiera volver a abrir le volverán a cobrar la apertura, que es una cantidad bastante crecida». Y como él, había muchos: la solución, a su juicio, era que los comerciantes de ultramarinos se fueran turnando cada tres meses para vender los artículos que suministraba Abastos.

Si esto sucedía con las tiendas de ultramarinos, se puede imaginar lo que pasaba con los bares y restaurantes... o tal vez no. Uno de los miembros del comité obrero que gestionaba el restaurante «Rafael» informaba de cómo se colectivizó y cómo reinaba la perfecta armonía entre los obreros, todos de UGT: seguían cobrando el mismo porcentaje sobre los beneficios que antes «y el sobrante lo ingresan en una cuenta que tienen abierta en el banco Hispano Americano», para «gastos de mejora y arreglo del local, menaje etc.», al menos en teoría. Porque la verdad era que aunque por supuesto todos estaban «conformes con esta forma colectiva de trabajar, y creen que es muy beneficiosa», habían tenido que cerrar durante tres meses por falta de víveres, y temían tener que volverlo a hacer. En el intervalo,

³³ K, 495, 12, 160, p. 22. «Almacenes Quirós de Tejidos».

³⁴ K, 495, 12, 160, p. 31. «Carbonería de Eugenio Bueno. Tetuán nº 38". El informe terminaba con un lacónico «el negocio está muerto».

naturalmente, habían tenido que echar mano de los fondos de la caja para pagar el alquiler y los sueldos...³⁵.

Para locales que podían considerarse elitistas o «burgueses» las cosas podían ir mucho peor. El café «Aquarium», en la calle de Alcalá, en el eje de la «movida madrileña» anterior a la guerra, sufría sin duda encubiertamente las consecuencias de ser un lugar de moda. Como siempre, los trabajadores se mostraban contentísimos con la colectivización y la intervención estatal (qué remedio...), pero se trasluce que salían adelante a duras penas pese a las protestas de que el negocio estaba «florecente dentro de las dificultades señaladas», es decir, la consabida dificultad para obtener mercancías (estaban «agradecidos» a Abastos, pero no era suficiente). Frente a otros negocios, que proclamaban haber aumentado los salarios después de la colectivización, los empleados del Aquarium los mantenían, y simplemente pagaban 5 pesetas más a los que ganaban menos de 500. Mostraban solidaridad con los camaradas que marchaban al frente reservándoles el puesto para cuando volvieran, pero lo más seguro es que no hicieran ninguna falta. La situación real del café se define en dos frases. La primera: «como colectividad al principio ganó mucho. Ahora no tanto. Se defiende que en las circunstancias actuales aseguran que es bastante». Y la segunda, que explica el cambio de ganar mucho a «no tanto»: «al principio de funcionar la colectividad regalaron al Estado 100.000 pesetas. De ellas 25.000 pesetas para el Komsomol y el resto para la guerra. Luego volvieron a regalar 45.000 pesetas para la guerra también». Una de dos, o los empleados del Aquarium eran fanáticos comunistas (y locos de remate), o estos «regalos» (en especial el dedicado al Komsomol) eran más bien donativos forzosos encubiertos, cosa también bastante probable vista la cuantía, considerable para la época. Que fueran forzosos explica que, a pesar de todas las evidencias, insistieran en decir que el negocio estaba floreciente³⁶. Para dar una idea de lo que supuso la guerra para este café de superlujo, baste decir que cuando se inauguró le servían diariamente los huevos y la leche («embotellada y precintada en magníficas vasijas de cristal») directamente de la granja O.C.A.³⁷

³⁵ K, 495, 12, 160, p. 34. «Restaurnt «Rafael». Calle de la Abada, nº 10". De la falta de suministros de los restaurantes da idea Regina García, que una vez consiguió vales para comer con su hija en un restaurante un par de huevos fritos (a 25 pesetas) que no llegó a probar porque se terminaron, teniéndose que conformar, ya a la siete de la tarde, con un vale para cenar en el hotel Gran Vía un plato de... judías blancas con callos de caballo que le costó 7,50. Op.cit., p. 277.

³⁶ K, 495, 12, 160, p. 23. «Café Aquarium. Calle de Alcalá». Inaugurado en el verano de 1932 (ABC, 8 de julio de 1932), esta obra del arquitecto Gutiérrez Soto apareció en la revista Nuevas Formas. Arquitectura en 1934, como ejemplo de aquel Madrid ultramoderno y cosmopolita que brota en el eje de la nueva Gran Vía. Era un local enorme del que se conservan los planos y numerosas fotos, que permitirían su fiel reconstrucción: <http://www.urbanity.es/foro/urbanismo-mad/893-de-madrid-al-cielo-album-de-fotos-historicas-352.html>

³⁷ ABC, 8 de julio de 1932. En un reportaje publicitario sobre la instalación se ofrecen numerosos detalles sobre las novedades que incorporó.

Podría decirse, en resumen, que la política de colectivización e intervención, unida a la falta de género y al aumento de precios, estaba llevando al pequeño comercio a la hostelería al borde de la extinción. El Komintern insistía en la intervención estatal para remediar los defectos en las empresas colectivizadas y, sobre todo, como se observa en los informes, para controlar políticamente a los anarquistas. La política parece ser la prioridad sobre las necesidades de la población, que debía conformarse con los suministros proporcionados por el racionamiento.

Ahora bien, había un sector en que se jugaba el destino de la guerra, y en el que la eficacia y la productividad deberían primar (al menos teóricamente) sobre las consideraciones políticas. Teóricamente, porque para el Komintern y los comunistas españoles, la práctica económica estaba fuertemente condicionada por el arquetipo soviético. Otro grupo de informes, rotulado a mano en francés como «*dossiers sur la situation réelle d'une série d'entreprises, 1937*» se refiere a las industrias metalúrgicas y de guerra instaladas en Madrid, y a los intentos de implantar la práctica del stajanovismo³⁸. Como en el caso del comercio, el informante seguramente hacía una pregunta directa (o pregunta-trampa) sobre si estaban conformes con la colectivización o con el stajanovismo, según el caso, y la respuesta por motivos obvios solía ser afirmativa. Pero a pesar de ello, también aquí se aprecian los choques entre anarquistas por un lado, y socialistas y comunistas por otro. Los anarquistas intentaban demostrar que su sistema era lo suficientemente eficaz. La fábrica «Enlaces Ferroviarios» (fusionada con otros tres talleres) estaba intervenida por el Estado, aunque la dirección y administración la llevaban miembros de la CNT. Existía una comisión sindical CNT-UGT, que con velado disgusto del informante comunista se indica que no había sido elegida por los obreros ni por el sindicato (¿por quién, entonces?). No se celebraban asambleas ni existían «brigadas de choque» (es decir, de obreros stajanovistas), «pero la producción aumenta», si bien «nadie se opone al movimiento stajanovista, queriendo producir más y mejor». En lo que se refiere a salarios, y aquí está la nota distintiva del movimiento anarcosindicalista, no había contratos ni diferencia de categorías, y todos cobraban un salario único, con una jornada de 7,30 horas, trabajando en dos turnos.

Parece que esta era la única fábrica que había escapado al modelo comunista. La actitud de los obreros de las demás fábricas, donde se había implantado al menos parcialmente el sistema stajanovista de brigadas de choque, no era muy favorable, con la excepción de «Ferrobellum» y «Experiencias Industriales». Hay que decir que (aparte de los anarquistas de «Codina y Fiuma», que decían simple-

³⁸ K., 495, 12, 160, pp. 56- 59. «Madrid». Contiene informes sobre las siguientes empresas: Standard, Espunes, Enlaces Ferroviarios, Experiencias Industriales, Iglesias, Comercial de Hierro, Fundiciones Codina y Fiuma, Central Metalúrgica Ferrobellum, talleres Citroën, talleres Renault.

mente «hay que terminar con el Estado»), los motivos de oposición eran bastante realistas. Los de «Standard» decían (cómo no) que al stajanovismo «tal cual» no se oponía nadie, «pero mereció críticas y palabras despectivas cuando se practicó trabajando las mujeres más horas de las señaladas, viéndose obligadas después a permanecer paradas más horas de las que invirtieron antes debido a la falta de materias primas u otras causas ajenas a su voluntad». Esa falta de materia prima era lo que les hacía trabajar 42 horas semanales. Los socialistas de «Espunes» se oponían a las brigadas argumentando que había que «administrar bien las energías» y que además había obreros parados, algo parecido a lo que decían los socialistas y anarquistas de «Comercial del Hierro»: «con esta manera de trabajar llegará un momento en que no haya nada de trabajo». Naturalmente, otro punto de oposición al stajanovismo era la prolongación de horas de trabajo, que llegaban hasta 10 y 12 en el caso de «Ferrobellum», modelada según ese sistema, frente a las 7 u 8 habituales en las demás.

La única compensación pasaba por un aumento de salario, otro de los puntos conflictivos. En «Ferrobellum», industria creada por el Partido Comunista en julio de 1936, decían aplicar a rajatabla esa práctica stajanovista que traicionaba descaradamente, sobre todo para los anarquistas, el ideal igualitario para asemejarse peligrosamente a la explotación: «No existe salario único y se estimula el trabajo con un aumento proporcional sobre las bases de trabajo oficiales y sobre la capacidad del obrero de un 20 a un 40%». «Experiencias Industriales», la otra empresa donde regía plenamente el sistema, tenía también muy a gala mantener las categorías, y haber concedido un plus transitorio (¿cuánto duraría?) del 50% de hasta 10 pesetas (5 para los jornales más elevados). Así que podría parecer que los obreros stajanovistas ganaban más que nadie, pero el aumento de salarios fue una práctica generalizada, y los obreros de las categorías superiores protestaban cuando se creían perjudicados: en «Standard», los que ganaban menos de 7,50 diarias cobraban ahora esa cantidad, y lo mismo los que ganaban 15, pero los que ganaban 800 al mes habían visto su sueldo congelado y se quejaban. Los de los talleres «Iglesias» (de cuyo propietario se informaba lacónicamente que «había muerto»), seguían con el mismo salario, y los de la CNT se oponían a algunas brigadas de choque que se habían formado entre los peones. De todas maneras, hay que tener en cuenta que la subida de salarios iba muy a la zaga de la de los precios, que a mediados de 1937 iba ya por un 600% respecto a julio de 1936.³⁹

³⁹ Para un índice 100 en julio de 1936, la subida de precios al terminar la guerra fue de 140,7% en la zona nacional, y de 1.528,86% en la zona republicana. Las cifras son las aportadas por Antonio de Miguel («El potencial económico de España (1935)», en Pedro Schwartz Girón, coord.: El producto nacional de España en el siglo XX, Madrid, Ministerio de Hacienda, 1977, pp. 171-188) y Juan Velarde Fuertes («El potencial económico de España», Cuenta y razón, 100, 1996, pp. 45-56).

El funcionamiento de los sindicatos dentro de las fábricas suponía otro quebradero de cabeza para el Komintern. Lo normal o más habitual era que, como se ha visto en el caso de «Enlaces Ferroviarios», la comisión sindical hubiera sido elegida de mutuo acuerdo entre los representantes sindicales. Por eso en varias de estas empresas había en la comisión miembros de la CNT, lo que naturalmente disgustaba al Komintern, pese a las cacareadas consignas de «unidad sindical». «Unidad» significaba para los comunistas, como es sabido, «unidad bajo el control comunista» o más bien «únicamente comunistas». Por eso se afanaban en elegir nuevas comisiones por medio de elecciones directas entre todos los obreros. Por este procedimiento parece que lograban excluir a los anarquistas: seguramente en el transcurso de las asambleas el activismo de los camaradas comunistas lograba su objetivo: en «Fundiciones Codina y Fiuma», «la CNT nombró sus representantes en su sindicato y la UGT en asamblea general sin lograr ninguna vez que se vote a la CNT». La fábrica «Comercial del Hierro» había partido de una experiencia anarquista: se trataba de una empresa de calderería y cerrajería dedicada fundamentalmente a la construcción, que antes de la guerra contaba con importantes créditos del Banco de España. En los primeros meses de la guerra la fábrica fue reconvertida en industria de guerra y ocupada por la CNT, y se construyeron 13 camiones de asalto, «pero no estando la mayoría de los compañeros conformes con esta incautación se obligó a desalojar la fábrica a estos elementos». A continuación la había incautado el Ministerio de Industria, que no ayudaba con créditos ni suministros⁴⁰. En esta nueva etapa,

«La organización de la fábrica quedó [sic] lo mismo que antes eliminándose [sic] al personal técnico y administrativo no adicto al régimen republicano. El Comité de fábrica fue elegido en asamblea y conjuntamente entre los obreros de las dos Centrales sindicales, en contra de unos cuantos compañeros de la C.N.T. que insistían [sic] en que se hiciera en los sindicatos. El Comité está compuesto de otro compañero de la U.G.T. y tres de la C.N.T.,»⁴¹

es decir, en total dos de la UGT (contando al que informaba) y tres anarquistas, que seguían de esta forma teniendo una presencia considerable, bien que a la hora de la verdad esa presencia contase relativamente, ya que la burocracia sindical diluía su influencia. El comité se limitaba a reunirse todos los martes con las comi-

⁴⁰ Esta observación por parte de comunistas puede constituir una acusación velada a los titulares del ministerio, que por aquellas fechas escapaba a su control, estando en manos de Plácido Álvarez-Buylla y Lozana, independiente (16-VII-1936 al 4-IX-1936), Anastasio de Gracia Villarrubia, del PSOE (4-IX-1936 al 4-XI-1936), Juan Peiró Belis, de la CNT (4-XI-1936 al 16-V-1937). Con el gobierno Negrín desaparece la cartera y queda la de Economía y Hacienda, controlada por el propio presidente del gobierno o por sus satélites, como se ha dicho.

⁴¹ K., 495, 12, 160, p. 57.

siones sindicales «dándoles con carácter informativo cuenta da la marcha de la fábrica, las Comisiones se lo transmiten a los demás compañeros, los cuales exponen sus opiniones que son transmitidas al Comité en la siguiente reunión». El mismo procedimiento seguían los técnicos, y una vez cada dos meses se celebraba una asamblea general. Fue en una de estas asambleas precisamente donde se manifestó la oposición de los socialistas y cenetistas a las brigadas de choque, y la exigencia de que los que trabajaban los domingos descansaran los lunes. Como se ve, la lucha entre sindicalistas y comunistas en las fábricas era parecida a la que tenía Largo Caballero con los dirigentes del Komintern, y que al cabo le costó la presidencia del gobierno.⁴²

En definitiva, el PC sólo estaba satisfecho con las fábricas que controlaba directamente, y en las que (nótese bien) *no* había ningún tipo de representación obrera, sino mero control estatal, o para ser más exactos, del partido, como en «Ferrobellum»:

«es propiedad del Partido Comunista funcionando bajo la dirección de un responsable general nombrado directamente por el Partido, al cual se encomendo [sic] la tarea de organizar las fábricas no creadas y un responsable en casa [sic] sección delegado del responsable general. Existe movimiento stajanovista en todas las secciones. De 10 a 12 horas de trabajo según las secciones. No existe salario único y se estimula el trabajo con un aumento proporcional sobre las bases de trabajo oficiales y sobre la capacidad del obrero...»⁴³

Esta era, en realidad, la única eficacia posible para los comunistas. Lejos por tanto de predicar la «privatización» de pequeños sectores en plan realista para garantizar los suministros («aplazar la revolución para ganar la guerra», como se decía entonces), los datos referidos a la agricultura, al comercio y a las industrias de guerra en Madrid demuestran más bien la voluntad por parte del PCE y del Komintern de aplicar los modelos de intervención estatal propios del sistema soviético.

⁴² En otro informe sin fecha titulado «Siderúrgica del Mediterráneo Altos Hornos de Sagunto» se emplea el término «largocaballeristas» en lugar de socialistas, y se refiere el mismo tipo de choques. La relación de fuerzas en los Altos Hornos era la siguiente, según el informe: 1.500 obreros de la CNT, 1.200 de la UGT y tan solo 50 comunistas, lo que basta para explicar que no hubiera stajanovistas. la minoría comunista sin embargo había impedido la colectivización de los talleres Devies, en la misma zona, «mediante una campaña de esclarecimiento [sic] de la situación actual». Ibid., pp. 130-131.

⁴³ Ibid., p. 58.

El racionamiento especial

El voluntarismo, obviamente, no daba de comer a la gente ni obraba milagros en el campo de la producción agrícola o industrial. El aumento de salarios, inicialmente eufórico y caprichoso y luego a la zaga del aumento de los precios, tampoco alcanzaba para adquirir unos víveres que simplemente no existían. Algo hay de lamento jeremíaco en las manifestaciones de Negrín del 27 de noviembre de 1937, cuando al anunciar que se tomarán medidas en materia de abastecimientos y de tasas, arremete contra la «irresponsabilidad» de los primeros tiempos: «no hemos sabido en los momentos precisos atemperarnos a las circunstancias, que imponían unos sacrificios, y el desbarajuste pasado hay que sufrirlo ahora». No especifica a qué desbarajuste se refiere, si al de la distribución de víveres o al resultado de las colectivizaciones. No, desde luego, a la situación financiera, ya que, afirmaba con aplomo el exministro de Hacienda en la época del *affaire* del oro de Moscú, «no hemos gastado tanto dinero como dicen muchos. No porque no fuera necesario o porque no lo desease el Gobierno, ¡qué más hubiera querido! sino que nuestras transacciones comerciales no llevaron la marcha y volumen que quisimos», pero aun así, «esta guerra es menos costosa que la aventura de Marruecos en el año 21.»⁴⁴

Volviendo al tema de los abastecimientos, el propio Komintern reconocía en un resumen sin fechar (pero seguramente de 1937), que «se está liquidando aquella alegría infantil que malgastó energías formidables en los primeros meses de la guerra», al tiempo que exhortaba al heroísmo y al sacrificio a la clase obrera, que se encontraba «ante la obligación de seguir la ruta de la abnegación»⁴⁵. En lo que se refiere a los víveres, Regina García concreta una vez más en qué consistía esa «alegría infantil» e irresponsabilidad de los primeros tiempos: los víveres proporcionados inicialmente por la URSS resultaban muchas veces exóticos para los milicianos de la retaguardia, que «se limpiaban las botas con mantequilla», como hacían los de la columna Uribarri, «y echaban a los perros trozos de jamón de York de más de un kilo de peso.»⁴⁶

Atrás quedaban esas bonanzas (que por lo demás disfrutaron muy pocos) y ahora tocaba «convencer» a las masas de que aceptaran no ya con alegría sino con

⁴⁴ «El jefe del Gobierno expone detalladamente nuestra situación económica y militar», *La Voz*, 27 de noviembre de 1937, p. 2. No sólo eso sino que «el valor efectivo de la peseta es superior al que tenía antes del 18 de julio y «dentro de dos meses tendremos más divisas». Divisas necesarias para acometer las importaciones de material de guerra, naturalmente.

⁴⁵ K., 495, 12, 160, p. 120.

⁴⁶ Regina García, op. cit., p. 159. Mientras tanto, conviene recordar que la gran masa de la población rusa estaba sometida a racionamiento, y que la «gran hambruna» de 1932-33 se acababa de cobrar entre 6 y 7 millones de vidas.

«abnegación» el racionamiento que, de todas formas, según diarios como *La Voz*, era preferible a las escaseces que tenían que soportar las amas de casa de la Alemania nazi⁴⁷, o al «día del plato único» en la zona enemiga⁴⁸. Claro que en el racionamiento había categorías.

En primer lugar estaban «ellos» (como el pueblo llano suele denominar a los poderosos): el gobierno, los altos mandos del ejército y de la administración. En la posición Jaca, cuartel general de Miaja situado en la Alameda de Osuna, podía disfrutarse un menú a base de crema de cangrejos, salmón a la rusa, solomillo de vaca en su jugo, tarta a la crema, naranjas de las destinadas exclusivamente a la exportación, café, coñac y vodka⁴⁹. Claro que en este caso no cabe hablar de «racionamiento» propiamente dicho. El famoso S.I.M. garantizaba la fidelidad de sus miembros a base de generosas «raciones» que distribuía quincenalmente: cinco kilos de arroz, garbanzos, judías y lentejas (20 kilos en total), tres de pasta para sopa y de azúcar, uno de café, otro de chocolate, cinco kilos de embutidos, tres de queso, tres docenas de huevos, cinco litros de aceite y varias latas de conserva, aparte de un kilo de verdura y fruta fresca, carne y pescado por tarjeta y día⁵⁰.

El partido Comunista tenía por su parte posibilidades para distribuir alimentos, según se deduce de un «informe sobre la situación de los puertos» dirigido al Komintern. Su autor, S. Barneto, detalla la filiación política de los trabajadores de los puertos de Valencia, Alicante, Águilas y Almería, y sus fatigas personales para aumentar el exiguo número de simpatizantes comunistas y neutralizar a los díscolos anarquistas. Destaca en especial el descontento por falta de refugio y alimentos en el puerto de Valencia, que él intenta remediar consiguiéndoles un lote de víveres e informando de que el comedor colectivo estará pronto terminado. También procuró víveres para Almería (controlado por los anarquistas), Alicante, y Cartagena, donde gracias a él nos enteramos de que había trabajando en el puerto 200 niños de 10 a 14

⁴⁷ «No hay pan, no hay mantequilla, no hay lana, no hay leche, no hay carne: aquí tienen ustedes la Alemania de Hitler». Las quejas eran las siguientes: no se podía empapelar una habitación porque la cola era mala y se despegaba el papel, la crema de limpiar los zapatos no tenía grasa, el jabón olía mal, los trajes encogían al lavarlos, los cables de las lámparas medían sólo tres metros y sobre todo, la porcelana se suministraba sólo de tarde en tarde. El pan era horrible, la leche sabía a desnatada, y la nata sólo se encontraba en las pastelerías. Las salchichas y morcillas se rompían al cocerlas y tenían poca carne, y para colmo de males, «el jamón tiene un gusto excesivamente salado». Ignoramos el efecto que este artículo podía causar en el lector madrileño. *La Voz*, 4 de noviembre de 1937. Al día siguiente se insistía en lo malo que era el pan en los restaurantes de Berlín.

⁴⁸ *La Voz*, 25 de noviembre de 1937.

⁴⁹ Regina García, op. cit., pp. 249-250. Parte de los platos parecen de importación soviética. Miaja se caracterizaba al parecer por su sibaritismo y glotonería.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 278.

años, además de 50 mujeres con igual salario que los hombres⁵¹. No se especifica si estos trabajadores portuarios tienen o adquieren a partir de ese momento un racionamiento especial, por lo que es de suponer que no.

Pero quienes sí que gozaban (al menos en teoría) de raciones especiales desde el principio eran los soldados. La población madrileña veía pasar con envidia los camiones de suministros destinados al frente, aunque los testimonios no son demasiado unánimes al respecto⁵². El informe del Komintern hace hincapié, como se ha visto, en la prioridad del suministro al ejército (al que se asignaba sobre el papel el 30% del trigo que llegaba y hasta el doble de pan que a los paisanos). Aun así, se daba a entender sin muchos aspavientos que las tropas se abastecían sobre el terreno. En un informe manuscrito que debe ser más tardío, sobre el abastecimiento en la comarca de Vic y alrededores de Gerona, se concluye:

«A recordarse porque tiene gran importancia: en todos los casos de abuso o atropello del [sic] parte de algunas unidades militares —después de la denuncia del caso— los responsables de las unidades militares han hecho públicamente castigar los culpables y dar satisfacion a la poblacion [sic].»⁵³

Junto a los soldados, otro sector que había que tener bien alimentado para obtener la victoria era el de los trabajadores de las industrias de guerra. En un recorte de prensa de 23 julio 1938, titulado «Unidad de acción entre socialistas y comunistas para intensificar la producción», se dice respecto al abastecimiento:

«hay que asegurar la alimentación de los obreros, y sobre todo, de la industria de guerra, creando un comedor colectivo en cada lugar de trabajo. Al mismo tiempo, la cooperativa de consumo para los familiares de los obreros, para que éstos no tengan la preocupación de hambre en sus casas, mientras ellos están comiendo. El obrero no debe tener más preocupación que trabajar más y más para ganar la guerra.»⁵⁴

⁵¹ Barcelona, 6 de julio de 1938. S. Barneto: «Informe sobre la situación de los puertos». K., 495, 12, 160, pp. 76-78. De Aguilas, donde no había un solo miembro del partido, se señala que era un puerto importante para la pesca pero que hacía unos días «se fugaron los del control C.N.T. con un barquichuelo y unos cuatro millones de Pts.».

⁵² La visión de los camiones, en Alfonso Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego: Historias orales de la guerra civil, Barcelona, Ariel, pp. 115-116. También se refiere de soldados republicanos que saltaban a las trincheras enemigas y registraban los macutos en busca de comida. George Orwell, en Homenaje a Cataluña, refiere la «guerra psicológica» llevada a cabo por los nacionales a propósito de la comida.

⁵³ K., 495, 12, 160, p. 97 vuelto. Subrayado en el original. El comienzo del informe está en francés, de ahí los abundantes errores ortográficos y sintácticos.

⁵⁴ No se ha identificado el diario del que procede el recorte. En lápiz, además de la fecha, aparece sobre escrito «Verdad». K., 495, 12, 160, p. 82.

Apenas unos días antes, el Komintern recibía un informe sobre el abastecimiento de los obreros de las industrias de guerra y de la población civil de Madrid⁵⁵. En Madrid había unos 10.000 obreros en estas industrias, que estaban incluidos con sus familias en las cartillas de abastecimiento del Consejo Municipal, igual que el resto de la población. De ellos, unos 1.000 contaban además con comedores colectivos suministrados por el mismo Consejo (lo que significaba dos raciones: una por la cartilla normal y otra por el comedor). Y la Subsecretaría de Industria de Guerra procuraba además a todos una «sobrealimentación»⁵⁶. Los víveres obtenidos por la cartilla «normal» y la «especial» de la Subsecretaría eran los siguientes⁵⁷:

Artículo (gramos/persona)	Cartilla normal 25-31 mayo 1937	Cartilla normal 1-7 junio 1937	Cartilla especial 25-31 mayo 1937	Cartilla especial 1-7 junio 1937	TOTAL DIARIO PARA UN OBRERO DE LA INDUSTRIA DE GUERRA
Judías	200	100	1.050	1.050	170
Arroz	100	100			14
Lentejas	100	100			14
Azúcar	100	100	140	140	34
Aceite		¼ litro	700		68
Bacalao			500	100	43
Pescado			100	300	28
Carne en conserva			500	200	50
Café			70	70	10
Vino			500	250	53
Pan					200

Aunque la mera inclusión de artículos como el pescado, la carne, el café o el vino en la cartilla supusieran una ventaja frente al resto de la población, «a simple vista se puede observar que con este racionamiento no es posible que estos obreros que hacen jornadas de 8 y 10 horas diarias puedan rendir en el trabajo todo lo que es

⁵⁵ K., 495, 12, 160, pp. 79-81. Por «J.F.». 9 de julio de 1938.

⁵⁶ El trato de favor a la industria de guerra se usaba curiosamente en términos propagandísticos ante el resto de la población. El 4 de febrero de 1939, ABC informaba de un reparto extra de harina, azúcar y leche condensada, procedentes de «la solidaridad de obreros del mundo entero», a través de la Comisión del Auxilio Femenino del Ministerio de Defensa Nacional. El 16 de febrero se da noticia de nuevos suministros.

⁵⁷ Elaboración propia a partir del informe anterior del Komintern.

necesario en estos momentos». No solo eso, sino que la organización del abastecimiento presentaba irregularidades en algunas zonas, es decir, que los obreros no recibían ni siquiera esas cantidades, por lo que se sugería la creación de economatos para garantizar un reparto equitativo. Estas cooperativas suministrarían también el racionamiento equivalente a los obreros que quisieran organizar un comedor colectivo. Del resto de la población civil, nada se dice.

El racionamiento normal

Ocasionalmente, se organizaban en Madrid repartos de víveres por distritos, anunciados a veces por la prensa y no siempre gratuitos. El racionamiento dependía naturalmente de la disponibilidad de los géneros, que a veces no alcanzaba para abastecer a todos los barrios. En las semanas intermedias del mes de mayo de 1938, el Komintern recogía los siguientes datos⁵⁸:

Reparto a todos los distritos de Madrid Viveres (gramos/persona)	Semana del 9-15 de mayo de 1938	Semana del 16-22 de mayo de 1938
Arroz	100	200
Judías	200	100
Bacalao	100	100
Azúcar	100	
Carne congelada	100	
Queso de bola	60	
Tocino		50
Jamón York		50
Tomate en conserva		¼ kilo (2 a 4 personas: ½ k.; más de 5 personas: 1 ¼ k.)
Repartos parciales (de 2 a 6 distritos)		
Pasas	50	
Turrón	50	
Mantequilla	40	
Jabón	Sin especificar	
Galletas	100	

⁵⁸ Elaboración propia a partir de los datos reflejados en el documento «Racionamiento dado en Madrid (Capital) durante las semanas del 9 al 15 y del 15 al 22" (a mano: 1938). K., 495, 12, 160, p. 107.

Es decir, que las judías se alternaban con el arroz, las lentejas habían desaparecido aparentemente del mapa respecto al año anterior, y productos «exóticos» como el turrón hacían una inesperada aparición fuera de temporada... No sabemos si el bacalao procedía de algún donativo extranjero, como «una fabulosa cantidad» traída por el secretario del Comité Noruego de Ayuda a España, y anunciada a bombo y platillo en la prensa el mes de enero siguiente⁵⁹.

El 5 de febrero de 1939 se anunciaba la venta de productos del cerdo en los distritos de Hospicio y Centro, a razón de un solo producto por cartilla: 50 gramos de longaniza, morcilla, cochinillo y tocino inglés y 100 de huesos salados⁶⁰. Dos días más tarde se anunciaba el reparto gratuito de patatas, medio kilo por persona de las que figuraban en la cartilla (lo cual significa que ni siquiera se cubrían las cantidades que figuraban en la misma). Esas patatas y los 50 gramos de café y de azúcar que también se repartirían se debían a la generosidad del Comité Suizo de Ayuda a España y Comité Británico de Ayuda a España. El 15 de febrero de 1939, se anunciaba la venta de despojos congelados, a 9,25 pesetas el kilo y a 100 gramos por cartilla⁶¹.

A la carencia de víveres hubo que sumar, desde el principio, la falta de combustibles y las restricciones del suministro eléctrico. Durante el duro invierno de 1937, el diario *La Voz*, especialmente sensible hacia las necesidades de los madrileños, denunciaba la falta de carbón, que el Consejo Municipal había «suplido» instando a los vecinos a valerse del fluido eléctrico, que resultó de todas maneras insuficiente para garantizar el suministro. Parones en el Metro y los tranvías y apagones continuos llevaron a una nueva medida: «suprimir de raíz el funcionamiento de los ascensores, de las estufas y casi casi de los hornillos». Ante la falta de carbón e incluso de luz para cocinar, se quemaba toda la madera disponible en la casa, e incluso suelas de goma⁶². Pero lo malo, para el redactor de *La Voz*, no era tanto el frío, que ni se menciona, o las dificultades para cocinar, sino que la restricción de ascensores se había producido justo

«en la época que más mutilados ha habido en Madrid, en que más debilitadas se hallan las personas ancianas, en que durante más tiempo permanecen las mujeres, hasta agotarse, en posición vertical, de cola en cola, se les haya

⁵⁹ ABC, 13 de enero de 1939.

⁶⁰ Los precios de venta eran: morcilla, 7 pts/kilo; longaniza: 11,25; cochinillo: 13; tocino inglés: 12; huesos salados: 3,75. ABC, 5 de febrero de 1939. Parece extraña la disponibilidad de cochinillo.

⁶¹ ABC, 7 y 15 de febrero de 1939, respectivamente.

⁶² Sobre las zapatillas de goma, Alfonso Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego, *Historias orales*, cit. p. 115. En cuanto a la madera, nos referimos a testimonios familiares: se quemaban los maceteros de madera, los muebles e incluso en algunos casos se llegó a arrancar el pavimento de madera o parquet.

suprimido el respiro de subir a su piso sin necesidad de someterse a un ejercicio asfixiante.»⁶³

Poca diferencia habría para los numerosos madrileños que vivían en casas sin ascensor, pero lo que importa es la descripción de las colas, que a veces se producían en los momentos más críticos e inesperados. El Metro de Madrid fue desde el comienzo uno de los refugios clásicos durante los bombardeos. Pues bien: el 15 de febrero de 1939 (es decir, muy al final de la guerra) una nota del socialista *Claridad* reproducida en *ABC* hace notar lo siguiente al Consejo Obrero del Metro:

«¿Por qué no se vuelven a expender los antiguos tacos de diez billetes, con lo que se evitarían las interminables colas en algunas estaciones, sobre todo en los días de bombardeos sobre Madrid? Los ciudadanos de este heroico pueblo se merecen que se aminore en algo sus sacrificios»⁶⁴,

lo que significa que hasta ese momento se estuvo cobrando por refugiarse en el Metro, y que ni siquiera se planteaba la posibilidad de dejar entrar gratis a la gente, sino simplemente agilizar el pago. En eso, y en usar el ascensor, se cifraban los generosos pensamientos de los redactores hacia el «heroico pueblo» de Madrid...

La tasa y los donativos

Es claro que ante la insuficiencia del racionamiento la gente tenía que adquirir por su cuenta los víveres que encontrara, a precios cada vez más prohibitivos. Para frenar la especulación el gobierno había implantado la tasa por decreto del 29 de agosto de 1937. Pero el Komintern reconocía, unos meses más tarde, que no había pasado de ser un buen propósito, y que el efecto había sido el contrario. Claro que, como no podía ser menos, daba una interpretación política a los hechos:

«En el campo, especialmente, la retención de productos fue considerable. De un lado por la propia especulación, en segundo lugar porque los agentes del

⁶³ «Ahora, ahora es cuando hacen más falta los ascensores», *La Voz*, 2 de diciembre de 1937. Sobre el frío, el soviético Ilya Ehrenburg, corresponsal de *Izvestia*, escribe: «Frío, penetrante frío madrileño. No existe la costumbre de calentar los interiores», si bien unas líneas más arriba describe cómo «mujeres y soldados se detienen alrededor de las hogueras públicas, para entrar en calor» (Ilya Ehrenburg, *Corresponsal en España*, Barcelona, Editorial Prensa Ibérica, 1998, p. 103. Por cierto que su descripción del Madrid anterior a la guerra, con las «romanzas sentimentales» de los limpiabotas, las «voces armoniosas» de los borricos y los políticos tomando café con leche en «la granja bar» (por la Granja el Henar, famoso café), resulta un poco chusca, aunque quizá lo último se deba a un error de traducción.

⁶⁴ *ABC*, 15 de febrero de 1939.

fascismo los elementos reaccionarios, que aún quedan muchos propagaban entre los campesinos desarrollando sus apetitos egoístas, la idea de no entregar sus productos al precio de tasa. El fascismo buscaba por este medio el que la escasez hiciera [sic] sentir sus desastrosos efectos sobre las ciudades, cundiera el malestar entre las capas obreras y antifascistas del pueblo y crear el clima favorable de descontento y malestar para crear alborotos que justificaran la falta de solidez de la retaguardia.»⁶⁵

Había que buscar un culpable, ya fueran los «elementos facciosos», los campesinos o los comerciantes. El mismo día que la Gran Vía cambia su nombre por «Avenida de la Unión Soviética», coincidiendo con el XX aniversario de la revolución bolchevique (y el primero de la huida del gobierno a Valencia y las matanzas de Paracuellos), un largo artículo en *La Voz* se encargaba de acusar a los tenderos de causar la escasez, al ver frenado su instinto especulador⁶⁶. ¿Quizá el artículo intentara «canalizar» el descontento en previsión de los «alborotos» previstos por el Komintern? En cualquier caso, es significativo que, aun reconociendo la gravedad de la situación, el organismo siguiera insistiendo en las mismas medidas para solucionar la situación: mejora del rendimiento mediante una mejor administración de recursos y el stajanovismo, y sobre todo, nacionalización y creación de Consejo Nacional de Economía.

Mientras tanto, había que contrarrestar el descontento popular con medidas más o menos eficaces desde el punto de vista no tanto material como propagandístico. Ya se ha visto la solicitud del uso de ascensores o de expedición de tacos de billetes de Metro. El mismo fin (más que el suministro real) tenían los donativos a la población de Madrid, a los combatientes o a las industrias de guerra, por parte de productores o sectores más o menos privilegiados⁶⁷. Estos donativos a veces tienen un tufillo claramente propagandístico, como el de la Agrupación de Mujeres Antifascistas de Valdepeñas, que donan la parte de aceituna que habían cosechado para aceite para el ejército⁶⁸. En otras ocasiones las donaciones tienen el aspecto de

⁶⁵ K., 495, 12, 160, pp. 121-122. Se trata de un informe general de la situación, sin título ni fecha, pero posterior al 27 de octubre de 1937.

⁶⁶ Antonio Guzmán Merino: «Nosotros hemos tenido ya aquí una retirada simbólica: la de los comestibles. Los Volpones del mostrador juraron por sus muertos queridos: o perece la tasa o perece el cliente», *La Voz*, 8 de noviembre de 1937. El artículo, desplegado en dos páginas, está rodeado de informaciones sobre actos de homenaje a la Unión Soviética y al pueblo de Madrid. Entre las fotos, destaca una con el nuevo nombre de la Gran Vía, y otra situada justo sobre la columna contra los comerciantes, con la leyenda: «Es curioso. Los edificios de aspecto hostil —las fachadas de los bancos, por ejemplo— lucen hoy las insignias y los colores gratos al proletariado. Véase, por ejemplo, cómo está hoy la fachada del Banco de Bilbao: iniciales curtidas en la lucha revolucionaria, banderas, retratos de Stalin y de Azaña... símbolos de los tiempos, que cambian, efectivamente».

⁶⁷ Excluimos intencionalmente de esta consideración la ayuda de organismos extranjeros. Generalmente y salvo casos excepcionales, estos donativos no estaban rodeados de tanto aparato propagandístico, y la prensa solía limitarse a informar de los repartos.

⁶⁸ ABC, 15 de febrero de 1939.

ser forzadas: el 29 de diciembre de 1938 se exhorta a los obreros agrícolas y campesinos de la provincia a que manden víveres a Madrid⁶⁹, y el 17 de febrero se anuncia un envío a Madrid por parte de la Federación de Trabajadores de la Tierra, coincidiendo con el 4 de marzo, en que se reuniría el pleno del Comité Nacional⁷⁰. En cualquier caso, estos donantes no dejan de ser «particulares», que vienen a suplir las carencias de los suministros «oficiales». Aun así, los campesinos seguían resistiéndose a vender sus productos a precio de tasa, de lo que se deduce que lo «donativos» encontraron más de una resistencia que naturalmente fue debidamente castigada⁷¹.

Algo que no costaba «nada» era «desviar» ocasionalmente suministros de los sectores «privilegiados» a la población. Aquí no cabía encontrar resistencia, y la operación resultaba rentable propagandísticamente, porque contribuía a limar las crecientes asperezas entre esos grupos que contaban con suministros extras, y los que contaban con la cartilla «normal». En el sustituto laico de la Navidad, las «fiestas del niño» de 1938, el ejército donó panecillos («chuscos») y raciones de comida a los niños madrileños⁷². Aunque cabe preguntarse si este tipo de donativos no venían a poner aún más de relieve las diferencias entre los distintos sectores de la población y a exacerbar aún más los ánimos. En esas mismas «fiestas del niño», la Brigada Mixta de Carabineros cedió «la cantidad de 150 litros de leche que producen las vacas que existen en su sector» al Ayuntamiento de Madrid, para distribuirla entre los niños y enfermos. La Brigada brindaba la idea al resto de unidades del Ejército del Centro que dispusiesen de ganado vacuno, «sólo es preciso que por parte de todos haya verdadero interés de estrechar aún más los lazos que unen a los combatientes con la retaguardia.»⁷³

Que esos lazos estuvieran en peligro lo demuestra la columna «El mirador», en las mismas páginas, dedicada a los «bulistas». El autor atribuye a la «quinta columna» la expansión de bulos sobre la supuesta exportación de la producción del aceite de las regiones olivareras, que no había llegado a Madrid debido tan solo a la «falta de envases». El otro bulo se refería a las «diferencias de suministros entre unas y otras entidades»:

⁶⁹ ABC, 29 de diciembre de 1938. El llamamiento tiene lugar cuando las protestas han alcanzado su punto culminante.

⁷⁰ ABC, 17 de febrero de 1939.

⁷¹ Tal es el caso de algunos campesinos de las comarcas de Gerona y Vic, que se habían resistido a vender sus cosechas a los precios fijados y habían sido condenados a la cárcel. K., 495, 12, 160, p. 97.

⁷² ABC, 29 de diciembre de 1938. El donativo estaba convenientemente rodeado de otros, ya sea de personajes célebres como Picasso, o de organizaciones internacionales como los famosos cuáqueros.

⁷³ «Los carabineros facilitan leche para los niños enfermos de Madrid. Una feliz iniciativa digna del benemérito Instituto», La Voz, 26 de diciembre de 1938. De nuevo, la iniciativa tiene lugar al día siguiente de la manifestación de protesta en varios puntos de Madrid.

«las diferencias existentes son escasas y poco notorias; mas vamos a razonarlas. Es necesario comprender que el soldado debe estar mejor alimentado que el hombre civil. El ejercicio militar es duro y la vida de campaña cruda; por lo tanto, necesita el soldado reponer sus fuerzas por medio de una alimentación adecuada, cosa que no ocurre al hombre de la retaguardia, que duerme bajo techado y está resguardado del frío, la lluvia y la ventisca.»⁷⁴

Quisiéramos seguir la cita, pero es imposible porque al llegar a ese punto, un espacio en blanco de unas 25 líneas deja ver la intervención de la censura en el artículo, que concluye con una reiteración de que las diferencias son bien pocas y con una exhortación a denunciar a los «bulistas» a las autoridades.

4. El castigo del hambre

Claro que había que ser cautos con este tipo de noticias, porque se podía caer en el delito de desafección o derrotismo, tipificados por la ley al igual que los delitos de subsistencias. Repasemos por orden cronológico esta legislación para examinar después su aplicación en el caso de las protestas causadas por el hambre.

El decreto de 10 de diciembre de 1936 ampliaba la jurisdicción de los Jurados de Urgencia (creados el 10 de octubre, y bajo los que caían los delitos de desafección y derrotismo) a cuestiones de abastecimiento. Las infracciones en esta materia se reputarían como actos de hostilidad y desafección al régimen. El 27 de agosto de 1937, el Ministerio de Economía y Hacienda promulga una orden dictando las normas de procedimiento a que había de ajustarse la imposición de sanciones en materia de abastecimientos. La *Gaceta* del 29 de agosto publica también el decreto sobre precios máximos o tasas. El 18 de septiembre de 1937 aparece una disposición fundamental: los juzgados de primera instancia y de instrucción funcionarían como tribunales *unipersonales* de subsistencias y de precios. Y por último, el 28 de marzo de 1938 se modifican los Tribunales Populares, unificándolos con los Juzgados de Urgencia. En lo que se refiere al tema que nos ocupa, se robustecen los Tribunales de Subsistencias, y se establece que los procedimientos en esta materia se iniciarían por denuncia verbal si coincidía en el mismo lugar de emplazamiento del tribunal, y no habría posibilidad de recurso. Además, las funciones atribuidas por decreto de 18 de septiembre de 1937 a los Tribunales Unipersonales de Subsistencias, pasarían a los Tribunales especiales de Guardia creados por decreto presiden-

⁷⁴ Este número de *La Voz* es un prodigio de equilibrio entre la glorificación del ejército y las suspicacias de la población civil. Como para demostrar las superiores necesidades militares, otro artículo, ilustrado con un soldado bien pertrechado contra el frío de la Sierra, insiste: «el soldado, bien alimentado y con la cantimplora llena de coñac, no resiste más de una hora de parapeto». *La Voz*, 26 de diciembre de 1938.

cial de 29 de noviembre de 1937. Estos serían los únicos competentes para conocer las infracciones cometidas en el territorio de la provincia y aplicar las sentencias. Entre otras cosas, se consideraría infracción que el presunto comprador (no ya solo el vendedor) ofreciera por una mercancía precios superiores a los fijados.⁷⁵

Con esta base legal, los procesos incoados por los Tribunales Populares y Juzgados de Urgencia y de Guardia de Madrid ofrecen un buen panorama de las infracciones, las protestas y, en definitiva, el hambre. Empecemos por los «delitos de subsistencias» propiamente dichos. Como era de esperar, los acaparadores son castigados. En Vicálvaro se descubre un almacén clandestino de víveres, bajo cobertura de un «almacén de específicos», y los dos propietarios cumplen condena hasta el 26 de abril de 1939⁷⁶. También parece previsible que se castigue a un grupo de personas por venta clandestina de reses⁷⁷, pero lo que empieza a dar la medida del hambre es que sorprendan a un individuo en Vallecas con una maleta con 25 kilos de carne de burro, que había comprado a 8 pesetas el kilo, y que pensaba vender a 12, a las personas que vivían en su misma casa de huéspedes⁷⁸. Aún peor es el caso de la carne de perro. A Patricia Álvarez Diéguez la denuncia una vecina de Cuatro Caminos por haber intentado venderle medio perro como si fuese cordero. Patricia (que era analfabeta) declaró que había encontrado el perro muerto y había vendido cada mitad a una vecina (por 15 pesetas), y la «asadura» a otra. El caso es que en el registro practicado, los policías,

«a pesar de existir en el domicilio de la detenida [...] gran cantidad de pieles de perros y huesos al parecer de caballo y un perro muerto no han podido proceder a su incautación por el estado de putrefacción en que se encontraban, estimando que es perjudicial a la salud pública el estado en que se encuentra el referido domicilio lo que hacen constar por si el Juzgado tiene a bien ordenar su desinfección.»⁷⁹

⁷⁵ Gaceta de la República, n° 85, 26 de marzo de 1938.

⁷⁶ Archivo Histórico Nacional, Causa General, (en adelante AHN, CG), 155 expediente 1. «Causa n° 1 Contra Ramírez Serrano Luis y Olmeda Manzano Manuel, por delitos en materia de subsistencias»

⁷⁷ AHN, CG, 155, exp.30. «Causa n° 21 instruida contra FERNANDEZ MORALES, Atanasio, GONZALEZ RUIZ, Nemesio, ALONSO PEREZ, Manuel por el delito/s de Infracción en materia de subsistencias por venta clandestina de reses».

⁷⁸ AHN, CG, 148, exp. 41. «Causa n° 21 instruida contra TOLEDANO RICOTE, Francisco por el delito/s de Infracción en materia de subsistencias por compra y venta de carne de burro». Francisco fue denunciado en la comisaría de Vallecas el 2 de mayo de 1938, cuando arrecia el hambre y las protestas. Él alegó que ignoraba que estuviese prohibido llevar tal cantidad de carne.

⁷⁹ AHN, CG, 147, exp. 56. Patricia vivía en la calle Alejandro Rodríguez. La detienen el 28 de marzo de 1938. En el juicio alega que eran pieles de cordero que le habían regalado en el cuartel de Guardias de la avenida de Pablo Iglesias, lo que implicaría que ese cuartel tenía corderos a disposición. El 25 de abril fue sentenciada a dos años de prisión y 5.000 pesetas de multa.

Otros casos, menos llamativos pero quizá más dramáticos, sirven para demostrar la amplia interpretación a que se ofrecían los «delitos de subsistencias», y el verdadero alcance de la represión. Nos trasladamos al distrito de Canillas, donde quién sabe por qué proliferan este tipo de conflictos. Quizá al tratarse de un barrio situado a las afueras, con casas bajas y huertas, los vecinos tuvieran posibilidad de criar algunas gallinas. El caso es que allí acudían vecinos de otras partes de Madrid para realizar intercambios. Por ejemplo, a Antonia Vicent Ruiz, de 37 años, la sorprendieron cambiando medio kilo de garbanzos por tres huevos. Al ser interrogada, manifiesta

«que encontrándose enferma y no encontrando quien la vendiera huevos que son necesarios para combatir su enfermedad, pensó y así lo hizo el desplazarse a Ciudad Lineal por ver si por medio del intercambio encontraba dicho artículo. En una bolsa de la cual es portadora se la encuentra kilo y medio de garbanzos, judías y harina de almortas, así como tres huevos que han sido cambiados por medio kilo de garbanzos. Hace constar que a la mujer que le ha cambiado los huevos la entregaba 0,25 ctms. de diferencia, la que se negó a admitirlo.»⁸⁰

Este último detalle (el de negarse a recibir los céntimos de diferencia) parece una pequeña muestra de solidaridad entre mujeres. Que los huevos eran un bien escaso lo prueba su continua aparición en las causas. Seguimos en el juzgado municipal de Canillas, siempre en la hambrienta primavera de 1938. En este caso un hombre pregunta a un chico de 13 años, auxiliar en el ayuntamiento de Canillas, si en el barrio intercambian pan por huevos y le responde que lo habitual era un panecillo por 4 huevos. El hombre se presenta a la hora convenida en la carnicería y pide a una señora un huevo por un panecillo de 200 gramos; le intervienen 8 panecillos que él manifiesta haber querido cambiar por 8 huevos, pero no con ánimo de lucro, sino para alimentar a su mujer y su hijo. No le sirvió de nada, porque le condenaron a dos meses de trabajos forzados, y al no pagar la multa que le impusieron le embargaron bienes por el importe de la misma.⁸¹

Los huevos son también protagonistas de las protestas que caían bajo la calificación de derrotismo y desafección y demuestran, de paso, que no era todo lo que relucía en el rancho del ejército. En este sentido menudean las quejas, como la de

⁸⁰ AHN, CG, 155, exp. 32. A Antonia la detienen el 27 de abril de 1938 y el 5 de mayo queda finalmente absuelta.

⁸¹ AHN, CG, 155, exp. 35. «Causa nº 25 instruida contra RAMOS RUIZ, Valentín por el delito/s de Infracción en materia de subsistencias por intercambio de pan por huevos.» La detención tuvo lugar el 27 de abril de 1938.

una mujer condenada a seis años en campos de trabajo por decir que a su marido solo le daban un racimo de uvas en el frente⁸². Pero el caso del cuartel de Guzmán el Bueno es bien ilustrativo de la situación real y del sentido de injusticia que desencadenaba las protestas. Mercedes Franco era un ama de casa casada con un empleado de Telefónica, que vivía cerca del cuartel, donde conocía incluso al cocinero, que al parecer le había hecho algún pequeño favor (se supone que de tipo culinario). Daba la casualidad de que el lugar donde se distribuía el rancho era visible desde la calle y en cualquier caso, ella se asomaba por allí. El cinco de diciembre de 1938 la típica vecina malintencionada la denunció por decir que había incitado a los soldados a «que tirasen la comida a la cara de los oficiales ya que estos comerían carne y huevos fritos y no ese arroz que por no tener no tenía ni color», y además comentó con otras mujeres que «era una lástima que los soldados comiesen un rancho que era todo agua, cuando a los Oficiales les llevaban un arroz mejor hecho y con patata encima», y «que lo justo sería que en vez de comer cuatro o cinco bien, se repartiesen lo malo y lo bueno entre todos». Cuando le tocó declarar, ella dijo que eran los soldados los que habían empezado quejándose y que incluso le mostraron una cacerola con la comida de los oficiales, comentando

«la mejor presentación y contenido por llevar el arroz y encima unas patatas doraditas; que no habló con el cocinero el cual, dirigiéndose a otros soldados dijo que no debía hacerse caso de esos tiparracos; que la dicente manifestó que no había derecho a tratar así a los soldados con cuyo motivo se promovió una discusión entre la que habla y dicho cocinero, sin que vertiese las frases que se le atribuyen y en la que dicho cocinero, al contestarle la declarante que trabajaba y lo hacía muy honradamente le replicó que todavía estaba gordita y que podía trabajar bien y con provecho.»⁸³

A Mercedes la perdieron los huevos fritos y las «patatas doraditas». Nunca un par de palabras han sido tan expresivas. El que el escándalo se produjera justo a la puerta del cuartel y tuviera que ver con el ejército fue un agravante para el tribunal, que la condenó a la pena mínima (seis años y un día en campo de trabajo: la pena máxima era la muerte),

«CONSIDERANDO que el hecho de pretender engendrar en el soldado un sentimiento de recelo basado en una supuesta desigualdad, a todas luces inexistentes, puesto que, según pudo deducirse de la prueba, la comida de oficialidad y tropa

⁸² AHN, CG, 147, exp. 42. «Causa nº 109 instruida contra GARCIA VAZQUEZ, Leoncia por el delito/s de Derrotismo.»

⁸³ AHN, CG, 147, exp. 29. «Causa nº 137 instruida contra FRANCO FRANCO, Mercedes por el delito/s de Derrotismo.»

consistía en arroz y patatas, siquiera éstas *estuvieran guisadas de modo distinto*, tiende a sembrar en los gloriosos defensores del régimen republicano una desmoralización que el legislador lógicamente trató de evitar y reprimir al crear la figura delictiva perfilada en el citado caso 4º del artículo 6º del Decreto de 22 de junio de 1937...»⁸⁴

En las quejas aparecen asociados el hambre, las críticas al gobierno y a sus privilegios, y el deseo de paz. Un simple comentario al subir al tranvía, sobre la toma de Barcelona y manifestando el deseo de que terminara la guerra para comer mejor, la interjección «chulos y macarras» dirigida a un guardia que daba un empujón también al subir al tranvía, unas palabras nostálgicas sobre los hijos que están en el frente en la cola de una churrería... todos son motivos de denuncia y detención⁸⁵. En este clima se incubaron las protestas del día de Navidad de 1938. La «Nochebuena con lentejas» fue la última gota que colmó el vaso de la paciencia de las mujeres madrileñas.⁸⁶

5. El hundimiento

Parece por tanto un sarcasmo que el 28 de diciembre de 1938, después de un año en que el descontento ha ido arreciando, la prensa diga que en la zona fascista las mujeres protestan de hambre: esto tiene lugar el día de los Inocentes, pero también tres días después de las manifestaciones de Madrid, de las que solo encontramos noticias en la documentación del Komintern, y que reproducimos íntegramente por su interés.

«Como se conocía por algunos pasquines aparecidos por la mañana, intentaron manifestarse en la Cibeles, grupos de mujeres que alrededor de las 11 pretendían hacerse apear de los tranvías a las mujeres que viajaban. Agentes de la Brigada Social, Comunistas se significaban por su movilidad. A pesar de esto, poco después y esquina a las calles de Serrano y Columela, un grupo de mujeres, cien aproximadamente, se reunieron y lanzaron algunos gritos de «QUEREMOS PAZ Y QUEREMOS COMER». Camaradas compañeras del Partido intervinieron y poco después la policía, procediéndose a hacer un gran número de detenciones. Como se

⁸⁴ El subrayado es nuestro. El mismo tribunal poco después recurrió la sentencia, por parecerle excesiva, pidiendo el indulto.

⁸⁵ AHN, CG, 258, exp. 33. «Causa nº 11 instruida contra GOMEZ CASTRILLON FERNANDEZ, Blanca por el delito/s de Derrotismo». En este último (el caso de la churrería), la acusada se quejaba de tener dos hijos en el frente y anunciaba que de seguir así las cosas, se iban a levantar el Ejército y las mujeres.

⁸⁶ AHN, CG, 155, exp. 16. «Causa nº 11 instruida contra RUIZ BRAVO, Gloria por el delito/s de Derrotismo.» Gloria fue encarcelada precisamente el día de Navidad por quejarse de tener que comer lentejas en Nochebuena. Fue absuelta, pero salió de prisión el 14 de enero. Mientras, el ABC proclamaba: «más valen lentejas españolas que macarrones a la italiana» (7 de enero de 1939).

había oído a algunas de éstas por la tarde también en la Cibeles aparecieron algunos grupos que se trasladaron a la Plaza Mayor, donde también mujeres del partido intervinieron con la ayuda de la policía y se efectuaron nuevas detenciones.

En total en la Brigada Social han detenido 90 mujeres de las que pusieron en libertad seis, por haberse comprobado que se encontraban entre los grupos circunstancialmente de paso. Las comisarías de Buenavista y Congreso también han practicado detenciones. Siendo el total de ellas unas 130, entre ellas algún hombre.

En los interrogatorios y con la ayuda de algunas declaraciones de mujeres antifascistas, hay material para procesar a todas ellas por delito de desafección y manifestación contra el Gobierno.

Una prueba de que la mayoría de las detenidas obedecían órdenes de organizaciones facciosas es la tranquilidad de que dan prueba en los interrogatorios y que rápidamente fueron auxiliadas con ropas de abrigo y meriendas suculentas como tortillas, café con leche, conejo, pollo, etc., etc.»⁸⁷

Evidentemente, no tiene ningún sentido que quien podía permitirse «meriendas suculentas» se manifestara, a sabiendas del riesgo que comportaba. Esta alusión final a la comida y a la «quinta columna» venía a cerrar el círculo y a demostrar que, en definitiva, para el Komintern «comida» había llegado a significar «enemigo».

Aún se pueden poner otro par de ejemplos de cómo la «heroica ciudad de Madrid» no era tan heroica, o lo era en sentido contrario al previsto por el guión. El 19 de enero se decretó la última movilización general, en un intento desesperado de resistir bajo las consignas de Negrín. Ello supuso la incorporación de la mujer al trabajo para suplir la mano de obra movilizada. Pues bien, las mujeres no debían de estar muy conformes con una cosa ni con la otra, cuando desde la prensa se las exhortaba, con argumentos bastante rancios, a sacrificar a sus hombres y no ocultarlos ni convertirlos en cobardes.⁸⁸

El golpe de Casado termina con las expresiones triunfalistas de los comunistas y vuelve a poner en el tapete la cuestión de los suministros, de forma inesperada.

⁸⁷ «Informe acerca de las manifestaciones de mujeres en Madrid, el domingo, día 25 de diciembre de 1938». K, 495, 12, 160, p. 106.

⁸⁸ Isabel: «Para las mujeres de España. ha llegado el momento del heroísmo», ABC, 18 de enero de 1939. En el artículo se leen cosas como esta: «las mujeres de plena feminidad saben hacer de su amor un altar para situar en él al hombre íntegramente viril, que sin una vacilación, ni un desmayo de la voluntad, cumple con su deber, retorciéndose, si preciso es, los sentimientos, sofocando las voces del instinto...»

El 17 de marzo de 1939, *ABC* comentaba los «Desmanes comunistas en Canillas», donde se saquearon las casas, ropa y víveres:

«de nada valieron palabras y actitudes implorantes de infortunadas mujeres, a quienes se les arrebatava lo más preciso para la existencia. Los depósitos de víveres sufrieron graves quebrantos. A machetazos destruían los sacos de legumbres. Las cajas de leche condensada para los niños las elevaban y arrojaban a tierra, inutilizando después los botes a golpe de bayoneta. En nada se detuvo el vandalismo de los rebeldes.»

No solo eso, sino que los comunistas se habían apoderado de cuatro camiones con carne congelada destinada a Madrid⁸⁹. Era el final.

6. El pan de Franco

Desde hacía unos meses, la aviación «enemiga» bombardeaba a una población exasperada y hambrienta con panecillos envueltos en bolsitas de papel cruzadas con la bandera nacional y el lema «Este es el pan de la España de Franco». Mientras la gente se abalanzaba sobre ellos, la Guardia de Asalto hacía lo posible por impedirlo, y no falta quien asegura haber visto a «Dolores» pisoteándolos enfurecida⁹⁰. De poco servían a esas alturas las proclamas contra las intenciones «propagandísticas» del pacífico bombardeo.

Había otro bombardeo invisible del que el Komintern se había limitado a tomar nota, esta vez sin añadir ningún tipo de comentario, seguramente porque se juzgaba que no se prestaba a su publicación en la prensa, ni siquiera distorsionándolo (como había sucedido con el «día del plato único»). Un par de folios casi al final del informe, titulados «Decretos de carácter social del «Gobierno» de Franco», pasaban revista lacónicamente a todas las disposiciones entre el 28 de agosto de 1936 y el 28 de mayo de 1937.⁹¹

«Una España engrandecida, libre, unida y vigorosa». No, no eran las primeras palabras de Franco al entrar en Madrid, sino las del último «mensaje de Navidad» de Negrín⁹². «Nadie sometió al pueblo español cuando luchó por su

⁸⁹ *ABC*, 14 de marzo de 1939.

⁹⁰ En Alfonso Bullón de Mendoza y Álvaro de Diego, *Historias orales*, pp. 116 y 168. Uno de estos panecillos se conserva en el Museo Aeronáutico de Cuatro Vientos.

⁹¹ *K*, 495, 12, 160, pp. 127-128. «He aquí el resumen de la labor social realizada en un año», se trata de un total de 24 medidas.

⁹² «Vibrante alocución del jefe de Gobierno, doctor Negrín, al pueblo español», *La Voz*, 26 de diciembre de 1938.

patria». «Hay que imponer la reconciliación y la convivencia después de la guerra, después de la paz». Para el pueblo y para las mujeres de Madrid, la paz se había convertido, simplemente, en sinónimo de pan.

Conclusiones

La documentación muestra un PCE y un Komintern empeñados en imponer su modelo económico y en obtener el control político, también en el tema concreto de la situación económica y el problema de las subsistencias. Un Komintern al que solo le importan las necesidades alimenticias de los sectores necesarios para ganar la guerra. Un Komintern que siempre atribuye los fracasos y las dificultades a sus «enemigos»: los sindicatos rebeldes al control y a los métodos soviéticos de la intervención y el stajanovismo, la población muerta de hambre, las mujeres que protestan contra los privilegios en el reparto y racionamiento.

Las medidas económicas del PCE y del Komintern, que son las que recomiendan al gobierno, no solucionan el hambre, ni están destinadas a solucionarla. El hambre sirve de pretexto solo para implantar esas medidas. Y la oposición que suscita se interpreta en términos políticos y provoca una dura respuesta.

Se ha hablado mucho del hambre, pero no de su represión en la retaguardia republicana. Los delitos de subsistencias, la protesta por el hambre y el cansancio de la guerra son penalizados según unas leyes cuidadosamente diseñadas, mediante unos tribunales concebidos inicialmente para juzgar los casos de rebelión militar y de traición. Las autoridades republicanas emplean ingentes cantidades de tiempo y energías en perseguir a los descontentos, como demuestra la proliferación de procesos. Mientras cultivan el mito de la resistencia numantina, el PCE y el Komintern en realidad castigan al pueblo de Madrid, que no soporta el sacrificio con paciencia y mucho menos con sumisión. Madrid, «tumba del fascismo», se convirtió en un túnel sin salida para el hambre, la desesperación y la propaganda. Y en un túnel sin salida para la inflexibilidad dogmática de Moscú.

El deseo de PAN Y PAZ fue algo muy real para una población harta de guerra y de hambre, tan real que ha de tenerse en cuenta para examinar, más allá de tópicos, la realidad de la posguerra y la ardua cuestión de la resistencia, pasividad o apoyo de la población al régimen de Franco. Deseo de PAN y PAZ que, a pesar de todo, propiciaría en el día a día y entre la gente de a pie, la reconciliación.

